

## DISCURSO

## EN CONTESTACIÓN Á OTRO DEL SR. CASTELAR.

Sres. Diputados: nada más valiente que la verdad; ella infunde tales y tantos ánimos en el corazón de quien la siente; subyúgale con tan misteriosas é irresistibles fuerzas, que fascinado por su poder, se lanza á la pelea sin contar el número de sus enemigos ni medir la fuerza y el poder de sus formidables contrarios.

No de otra suerte me levanto yo ahora en frente del Sr. Castelar, gigante de nuestra tribuna, desafiando las iras de su poder y exponiéndome á los golpes de maza de su monstruosa elocuencia.

Pero no paséis cuidado por mí, Sres. Diputados, porque no voy á acudir á un torneo de retórica. Recordando la lucha de Hércules con Anteo que nos cuenta la fábula, cuando viendo Hércules que Anteo, como hijo de la tierra, le vencía siempre que luchaba con él sobre la tierra, procuró sacarle de su elemento, alzándole en sus brazos para ahogarle; yo, parodiando á Hércules, procuraré sacar al Sr. Castelar del terreno de la elocuencia, donde yo sería indudablemente vencido, para llevarle al terreno en que le pueda vencer, al terreno de la ciencia, de la historia y de la realidad de los hechos.

Debo empezar, por lo tanto, recordando al Sr. Castelar y á la mayoría de esta Cámara, que el Sr. Castelar, que tiene una memoria tan prodigiosa, que ha recibido del cielo un don tan alto, á pesar de habernos hablado hoy de cuanto existe en los cielos y sobre la tierra, lo único de que no nos ha hablado hoy, lo único de que se ha olvidado ha sido del *Saco de Roma*, sin duda porque habiendo refrescado sus recuerdos históricos, se ha convencido de que yo tenía razón, y que el Emperador Carlos V no había tenido nada que ver en aquel acto de saqueo, de violencia y de desolación.

Reíos, pues, ahora, Sres. Diputados de la mayoría! ¡Reíos enhorabuena; pero conste que si os reís, de lo único que podréis reiros será de vuestras risas del otro día!

Sres. Diputados, con sinceridad os lo digo; es tan grande el Sr. Castelar, que cuando se levanta á hablar en la tribuna española, engrandece hasta á sus adversarios. Era yo bien pequeño por mí, y engrandeciéme poniéndome por pedestal toda una época de la historia.

No quiso ver en mí al modesto Diputado español que se levantaba en cumplimiento de su deber á pedir al Gobierno de S. M. cuenta de sus actos y de los sagrados intereses encomendados á su custodia, y vió en mí al representante del ideal de los grandes siglos cristianos.

No, Sr. Castelar; yo no me he levantado aquí á pedir al Gobierno de S. M. la realización de mis ideales en la historia; yo en el libro, en los Ateneos y Academias defenderé esos ideales y llevaré con gloria el sambenito que por ello me queráis poner; yo tendré siempre esos ideales por eterno norte de mi política; pero yo no comprometo, por dar realce á mi personalidad, las causas sagradas que defendiendo, pidiendo á los Gobiernos imposibles. Yo no pedía al Gobierno que realizara de pronto los ideales de la Cristiandad de la Edad Media, el gran concierto y la maravillosa unidad de la Etnarquía cristiana cuando las naciones católicas navegaban unidas por el Pontificado, navío *almirante* de la escuadra de la Cristiandad, por los vastos mares de la historia.

No; lo que yo pedía aquí, lo que yo pido y pediré es el poder temporal de los Papas, que no es de ayer, que es de hoy, que será de siempre, mientras no varíe el orden actual de cosas establecido por la Providencia.

Sres. Diputados, el Sr. Castelar, esgrimiendo las armas de su poderosa elocuencia, después de combatirme bajo este supuesto haciéndome blanco débil de sus soberbios apóstrofes, planteó su tesis aquí, tesis clara, terminante y concreta, que es la perfecta contradicción y la absoluta antítesis de la mía. La tesis del Sr. Castelar es que el poder temporal de la Santa Sede ha debido desaparecer, no sólo para bien de la independencia de Italia, sino para bien de la distinción y separación de los dos poderes en el universo mundo. Mi tesis es perfectamente la contraria. No sola-

mente creo que el Pontificado ha sido, es y será la grandeza mayor de todas las grandezas de Italia; no sólo creo que al Pontificado y á su soberanía temporal debe Italia su independencia, sino que siguiendo el sentimiento general de la Cristiandad, el dictado de la razón y el testimonio de la historia, creo que como con frase inolvidable dijo Odilón Barrot en la tribuna francesa, «es necesario que los dos poderes estén unidos en Roma, para que estén separados en el resto del mundo.»

De manera, señores, que el Sr. Castelar abandona ya sus tradiciones, aquellas tradiciones que le han dado un nombre glorioso en los anales de la elocuencia, aunque desastroso en los anales de la historia, porque el Sr. Castelar, el poeta de todos los idilios federativos, se ha enamorado de repente de tal modo de la unidad monárquica italiana, que reniega de la tradición güelfa, pontificia y republicana de Italia, para entonar himnos en loor de la tradición gibelina, de la tradición imperial, opresora de la libertad de Italia y de la Iglesia.

Y como al mismo tiempo se enamora de la separación de los dos poderes en Roma, que es y será la causa de su confusión en el resto del mundo y el principio generador de las iglesias nacionales, fundamento y aspiración de todo poder cesáreo, resulta que el Sr. Castelar se ha convertido, de cantor de la libertad, de la democracia y la República, en cantor de la tiranía y del cesarismo, en apologista del imperio.

Y dejando ya como aparte esta somera rectificación de principios, entremos, aunque con brevedad también, en la rectificación de hechos.

Señores Diputados, el Sr. Castelar se siente tan invulnerable cuando esgrime la espada de fuego de su elocuencia, que se atreve con todo. Un día se atreve con la Historia, otro día se atreve con la Filosofía, y hoy mismo se ha atrevido con el Evangelio.

Señores Diputados, ¿pues no nos ha dicho el Sr. Castelar que en nombre de los principios del Evangelio entraron los italianos en Roma! ¡En nombre de los principios del Evangelio! Sólo encuentro una manera de darle á S. S. la razón; sólo hallo unos principios en el Evangelio que expliquen la invasión y la estancia de los italianos en Roma. Aquellos principios y máximas del Evangelio que se contienen en aquellas palabras del Redentor,

que luego nos citaba S. S. con otro propósito, cuando Nuestro Señor Jesucristo dijo á San Pedro, el primero de los Pontífices, y á sus discípulos los Apóstoles: «Iréis como ovejas en medio de los lobos». «Y los hombres os harán comparecer en sus audiencias y os azotarán en sus sinagogas». «Y seréis llevados ante los gobernadores y los reyes á causa de mí». «Y os expulsarán de las sinagogas, y vendrá una hora en que todo el que os haga morir creará hacer á Dios una ofrenda agradable». «Y seréis todos aborrecidos por mi nombre». Sólo así, Sres. Diputados; sólo recordando aquellos tenebrosos horizontes de persecución que presentaba en toda su aterradora perspectiva la divina palabra del Redentor á sus discípulos, se puede concebir que S. S. haya dicho que los italianos entraron en Roma en nombre de los principios del Evangelio.

Y aquí el Sr. Castelar, entrando á saco en la historia, de la misma manera que los imperiales en Roma, recogía de aquí y de allí, enlazándolos con el maravilloso anillo de su portentosa elocuencia, una porción de hechos, tomados unos de crónicas escritas contra la Iglesia, y otros de autores tan ultramontanos como el Sr. Marqués de Sardoal, para probar los excesos, las atrocidades, las enormidades que se habían cometido con los Papas.

Yo prescindo en este momento, por las angustias de la hora, de entrar en el examen detallado de estos hechos, sobre los cuales mucho tendría que decir. Doy de barato que todo sea verdad, y le pregunto al Sr. Castelar: ¿qué se prueba con eso? Todo lo contrario de lo que quería probar S. S.: porque si á pesar de ser soberanos los Pontífices se cometieron con ellos tales abominaciones, ¿cuáles no serían las que se cometieran desde el momento en que no tuvieran ese poder? (*Rumores.*) Señores Diputados, tened cuidado con esos rumores, que quizá tengáis que recogerlos, como habéis tenido que recoger vuestras sonrisas, ante una nueva rectificación del Sr. Castelar.

Verdaderamente, señores, ¿qué se proponía el Sr. Castelar con citarnos esa larga enumeración de esas escenas terroríficas, si bien realzadas por su brillantísima é incomparable elocuencia, en que fueron atropellados unos y otros Pontífices? Todavía no me he explicado la razón de su argumento. ¿Es que se quieren disculpar los sucesos de la noche del 13 de Julio? ¡Ah, Sr. Cas-

telar! Ya lo saben los futuros republicanos; si alguna vez acaso llega á ser S. S. presidente de la república, si no en esta en otra parte del planeta, con el argumento de S. S. ya se pueden atrever con S. S. los futuros republicanos; porque cuando el Sr. Castelar se queje como se queja el Sumo Pontífice de los atropellos que contra la Santa Sede se cometen, le contestarán: ¿de qué se queja el Sr. Castelar? ¿No se hizo lo mismo con Lincoln y con Garfield? Pues el mismo valor tendrá ese argumento con relación á los presidentes de la república, que el que S. S. ha hecho con relación á los cadáveres de los Pontífices.

Pero doy de barato que probara eso algo, porque más generoso que yo no encontraréis á nadie; doy de barato que fuesen inconvenientes nacidos de las entrañas mismas del poder temporal. Pues qué, ¿por ventura todas las cosas humanas no tienen sus ventajas y sus inconvenientes? Esos serían los inconvenientes del poder temporal en todo caso; pero ¿y las ventajas de la independencia espiritual garantizadas por el poder temporal, y las ventajas de la organización religiosa de la capital del orbe católico, veladas solamente un momento por esas nubes pasajeras que atraviesan por delante del astro del Pontificado, como atraviesan otras nubes cargadas con las tristes impurezas de la realidad por delante de todos los astros de la Historia?

El Sr. Castelar, que, como rey de la elocuencia, cuando habla quiere que le acompañen como brillante cortejo todos los grandes hombres de la Historia, nos traía á Dante y á Savonarola en defensa de la entrada de los italianos en Roma y del despojo del poder temporal. ¡El Dante, Sr. Castelar! ¿Olvida S. S. cuál era el ideal del poeta florentino? ¡Aquel sí que era un ideal de la Edad Media, de esos que creía S. S. que yo estaba pidiendo al Gobierno aquí! El Dante, es verdad que quería el poder temporal para el imperio y el poder espiritual para el Pontificado; pero era, señores, cuando el imperio era la espada del Pontificado, cuando la Iglesia era el alma y el imperio era el cuerpo, y la Iglesia debía regir el imperio como el alma rige al cuerpo en el organismo humano. ¿Quiere el Sr. Castelar esas relaciones de la Iglesia con el Estado? ¿Acepta S. S. lo que se desprende de la tesis de Santo Tomás que el Dante aplicaba en los inmortales tercetos de la *Divina Comedia*? Pero además, ¿cuándo desconoció el Dante la mi-

sión eterna y providencial de Roma como corte del Pontificado? Pues qué, S. S. que ha tenido ojos para ver y memoria para recordar uno de los cantos del Dante, ¿por qué no ha visto aquel otro terceto en que refiriéndose á Roma, á la Ciudad Eterna y al imperio, exclamaba:

*«La quale é il quale, á voler dir lo vero  
Für stabilité per lo loco santo  
U ciede il successor del maggior Piero».*

Esto es lo que decía el Dante, Sr. Castelar. ¡Y Savonarola!  
¡Ah, Sr. Castelar! ¡Qué envidia tengo yo en este momento á S. S.! ¡Cuánto quisiera yo tener su imaginación portentosa, y su memoria fecundísima, y su prodigiosa elocuencia, para trazarnos aquí el cuadro admirable de Florencia! ¡Aquella Florencia entregada á la disolución y al libertinaje en sus interminables bañaniles y en sus incesantes orgías, en medio de las cuales aparece de pronto, como una aparición de la Edad Media, evocada en medio de las alegrías del Renacimiento, la figura austera de Savonarola, que con una calavera en una mano y un Crucifijo en la otra, hace oír los acentos de su voz tonante y poderosa predicando á Jesucristo crucificado, y á los ecos de su palabra de fuego, las damas se arrancan sus joyas, los artistas profanos tiran sus pinceles; los mercaderes opulentos sus obras de arte impúdico más preciadas, para arrojarlas en la hoguera, y el pueblo todo edificado y convertido, trueca la soberanía temporal por la divina, y acaba por reconocer y aclamar por Rey de la ciudad de Florencia, ¿á quién? ¿al Pontífice? No: era poco: ¡á Nuestro Señor Jesucristo!

Bien quisiera, Sres. Diputados, que no urgiera tanto el tiempo, para poderme ocupar de las grandes bellezas en que tanto abunda el discurso del Sr. Castelar; pero por las prescripciones del Reglamento, por no cansar vuestra benevolencia, de que estoy lastimosamente abusando, voy á concretarme á recoger aquellos puntos que más han herido á las doctrinas que tengo el honor de defender.

Señores Diputados, lo vuelvo á repetir, el Sr. Castelar, apenas se pone de pie en el Parlamento, sufre de tal modo el vértigo

fascinador de la elocuencia, que se atreve con todo. Esta tarde misma S. S. ha dicho en el Parlamento español una de las cosas más graves que se han oído en Parlamento alguno, y que sólo ha podido pasar velada en el espléndido ropaje de su elocuencia. Por lo demás, ya está visto que si hubiera tenido la elocuencia de su señoría el Sr. Suñer y Capdevila, no hubiera llevado tantos católicos á la guerra civil como llevó con sus blasfemias. S. S., para justificar una de esas tesis científicas que toma como pretexto á sus enumeraciones retóricas, ha nombrado á la Santísima Trinidad para decirnos que el Padre nació en Jerusalén, que el Verbo nació en Atenas, y que el Espíritu Santo nació en Alejandría.

¡Parece increíble que las necesidades de la trilogía hegeliana, de cuyo derecho es S. S. partidario, le lleven á S. S. tan lejos de la verdad en sus investigaciones teológicas y en sus disquisiciones retóricas! La Santísima Trinidad, Sr. Castelar, no nació en ninguna parte; es anterior al tiempo y al espacio; la Santísima Trinidad está desde *ab aeterno* en el cielo. Si S. S. me quiere decir, y yo lo creo, que no aludió á su real y objetivo ni á su nacimiento como idea, sino al conocimiento subjetivo de esta verdad entre los hombres, le diré á S. S. que este conocimiento arranca de la revelación adámica en el Paraíso, desde donde se perpetúa á través de todas las tradiciones, más ó menos desfigurada como en las falsas religiones orientales; que se revela de nuevo cuando San Juan bautiza en las orillas del Jordán á Nuestro Señor Jesucristo; y que para que no se desfigure ni olvide, la revela eternamente en las alturas sagradas del Vaticano, de donde se le quiere arrojar ahora, el Oráculo infalible de la verdad cristiana, el sucesor augusto de San Pedro.

Y aquí llego, señores, al punto en que verdaderamente tuve que levantarme á pedir la palabra; porque, por grandes que sean los atrevimientos del Sr. Castelar, armado con el rayo de su elocuencia, hay una cosa á que yo creía que no se atrevería S. S. en la vida, que es, á asegurar, bajo la fe de su honrada palabra, á la faz del mundo y de la historia, que el Padre Santo, cautivo en el Vaticano, y la Iglesia esclavizada en Italia son más libres en Roma bajo el dominio de los usurpadores, que lo han sido nunca en el mundo. Esta aseveración es un insulto á la realidad de los hechos y á la fe y á la tristísima aflicción de todos los católicos.

¡Que el Papa es libre en Roma! ¿Por qué es libre, Sr. Castelar? ¿Porque no se aprisionan sus brazos con argollas y con cadenas? ¡Que es libre la Iglesia! ¿En dónde está esa libertad, cuando la Iglesia está esclavizada en Italia como en los lugares y sitios en que la oprimen y tiranizan las sectas revolucionarias?

Pues qué, ¿olvida el Sr. Castelar que en Roma, la Roma de los Papas, la capital del orbe cristiano, donde se custodia el arca santa de la ley, el trono del alma de la Religión católica, la cabeza de la Cristiandad; donde convergen todas las grandes arterias del Catolicismo en el mundo; donde están los manantiales de los ríos de la Religión que riegan los campos del universo, es á donde se han llevado con un lujo cruel todas las leyes de violación, de despojo, de usurpación, de tiranía, de violencia que se dictaron como armas mortíferas para la Religión en medio de la lucha enconada de la revolución con la Iglesia, á pesar de las solemnes promesas, á pesar de las palabras de honor, á pesar de los programas de libertad y de respeto, á pesar de las leyes internacionales de garantías que dieron, faltando hoy á todas ellas, los poderes que usurparon á Roma diciendo que iban allí á tender una mano generosa y amiga, una mano protectora al Pontificado para salvarle de los atentados de la impiedad y de los ataques de la demagogia?

Pues qué, ¿olvida S. S. que ni una sola siquiera de esas palabras se ha cumplido, ni una sola de esas promesas ha quedado en pie, y que uno tras otro se ha despojado al Papa y á la Religión de todos sus derechos, de todas sus libertades, de todos sus bienes, de todo lo que le corresponde por derecho divino y humano, no ya sólo bajo un régimen católico en absoluto, sino hasta bajo el régimen más liberal?

¡Parece imposible que el Sr. Castelar olvide que es tal la situación de la Religión católica en Roma, en su capital misma, que ni se permite una procesión religiosa, ni siquiera que salga el Viático por las calles acompañado del sonido devoto de una campanilla!

Pues qué, ¿olvida el Sr. Castelar que apenas elegido Pontífice León XIII, cuando quiso, siguiendo la costumbre tradicional de sus antecesores, dar desde el balcón del Vaticano su bendición *Urbi et Orbi*, á la ciudad y al mundo, al pueblo romano y á los peregrinos de todo el orbe, agrupados al pie del templo por el

abrazo gigantesco de la columnata de Bernini, debajo del Panteón suspendido en los aires por Miguel Angel, el Gobierno italiano le manifestó que no respondía del orden, impidiendo así una ceremonia solemne, tradicional, augusta, que ha sido el orgullo de Roma y la admiración de los extranjeros, que debía haber respetado, si no por motivos de religión, por motivos de estética, de arte, á cuya descripción han dedicado sus más conmovedoras páginas los escritores de todos los países, aun los más ajenos á nuestra religión y al sentimiento nacional italiano, celebrando absortos aquel momento sublime en que callando todos los ruidos de la tierra, el alma, remontándose á su bien, se ponía en comunicación con Dios allá en las alturas del infinito?

Pues qué, ¿olvida el Sr. Castelar que el Papa no puede salir por Roma, no sólo porque se lo vedan los escándalos y los atropellos de que sería víctima en la ciudad, sino porque se lo prohíbe la misma circular de Mancini, que se ha atrevido á escribir que si el Papa saliese á pasear por las calles de Roma, y fuese, como es natural, aclamado, no respondería el Gobierno de la pública tranquilidad?

¿No recuerda S. S. que no hace muchos días que traían los periódicos la noticia de que los peregrinos que habían acudido de varias partes á rendir al Romano Pontífice el tributo de su homenaje espiritual eran villanamente apaleados, y que hasta el mismo corresponsal del *Times* no pudo dar cuenta del atropello, porque el Gobierno italiano secuestró sus telegramas, y permitió que las turbas revolucionarias hicieran demostraciones hostiles contra su persona y contra su hogar?

Pero, Sres. Diputados, lo digo con convicción, en frente de la autoridad que por su talento, por su ilustración, por su ciencia, por su honradez reviste el Sr. Castelar, son pocos todos los testimonios, y yo no me atrevo á poner frente de tanta autoridad, para probarle que el Papa no es libre en Roma, más que una autoridad: la autoridad del mismo Sr. Castelar.

Permitidme, pues, que os recuerde algunos brillantes párrafos, como todos los suyos elocuentísimos, en que el Sr. Castelar defendía, arrastrado por la fuerza de su honradez y por la evidencia de la verdad, lo mismo que hoy combate forzado por las necesidades de su nueva política.

Sres. Diputados, decía el Sr. Castelar dirigiéndose á un Ministerio presidido por el Sr. Sagasta, y acusándole de lo mismo que le he acusado yo, de que apenas se preocupa de los asuntos exteriores: «Habéis mirado con desprecio la cuestión de Roma, que hasta cierto punto *es una cuestión de política interior*, escúchelo bien el Sr. Marqués de la Vega de Armijo.» (*El Señor Presidente del Consejo de Ministros*: Está enfermo; no puede escucharlo.) Pues que se lo trasmitan sus compañeros.

«Al caer, decía el Sr. Castelar, el imperio napoleónico y caer el poder temporal del Papa, se ha roto definitivamente el gran pacto de Carlo-Magno y la Iglesia, sobre el cual descansó por espacio de novecientos años el mundo católico.....»

»Pero no hay que equivocarse. Siendo el Papa, como es, una *autoridad interior de España*, el jefe de la Iglesia más seguida por los españoles, ¿puede asegurarse que el poder que ha sucedido en Roma al poder temporal garantiza la independencia pontificia; su indispensable independencia? *Yo creo que no; yo lo creo en absoluto*. El Papa es el jefe de la Iglesia española. El Rey de Italia es el jefe del Papa; un Rey extranjero alzado á la cabeza de una gran nación es el jefe del jefe de nuestra Iglesia. ¿No veis los peligros que en tan anómala situación se encierran? Y no digáis que la ley de garantías dada por Víctor Manuel á Pío IX aleja estos peligros, *esas garantías no me parecen suficientes*. La monarquía erigida sobre el Pontificado será siempre una amenaza para la paz de las conciencias católicas.»

Si le parecían insuficientes al Sr. Castelar entonces las garantías, ¿cómo han de parecerle suficientes hoy que ni siquiera se cumplen?

En otro elocuentísimo discurso, como todos los suyos, decía: «Italia fué la primera nación de los tiempos antiguos por el imperio y el derecho romano, Italia ha sido la primera nación de los tiempos modernos por el *catolicismo y el Pontificado*..... Si yo quisiera definir la casa de Saboya la definiría así: *la perpétua perturbadora de Europa*.»

Y combatiendo á D. Amadeo de Saboya, decía: «Ese Príncipe disgusta á todo el mundo: á los liberales, porque es de la dinastía de Saboya; el verdugo de la democracia y el carcelero de Mazzini: á los católicos, porque es de la dinastía de Saboya; EL VERDUGO DEL CATOLICISMO Y EL CARCELERO DEL PAPA.»

Pero decía más el Sr. Castelar, y lo decía tan bien, tan admirablemente bien, porque mejor no es posible, como lo que ha dicho hoy; decía el Sr. Castelar fulminando sus rayos contra la unidad italiana:

«No creais, no, que la Italia de hoy es nuestra Italia; es la Italia democrática. La democracia no ha puesto en esa obra más que su legitimidad, el sufragio universal, su gloria más pura, la espada de Garibaldi. *La Italia que la democracia desea, es la Italia federal gloriosa, con una república en Roma, con otra en Venecia, con otra en Milán, con otra en Florencia, todas unidas en un derecho común, formando la más una y la más libre de las naciones.*»

Y decía luego el Sr. Castelar: «Señores, si yo hubiera sabido que Italia, que había ido mendigando por todo el mundo la libertad y la independencia de rodillas, había de obtener el que nosotros mendigáramos algo de ella en signo de inferioridad y decadencia, *yo hubiera maldecido entonces la obra de Italia.*» Y añadía: «Señores Diputados, es tarde (como tarde es ahora), y no quiero entrar en otras consideraciones, no quiero decir mucho sobre haberseme atribuído que yo defendía el poder temporal de los Papas, y en este punto contesto también al Sr. Rivero. Yo DIGO QUE NO CABEN DENTRO DE ROMA EL PAPA Y EL REY.»

Y en otro discurso decía:

«¿Y creéis que *gente así* puede ofrecer ningún género de garantías á Europa? *Si le conviene, oprimirá al Papa con toda suerte de opresiones.....*

«Lo cierto es que mientras Víctor Manuel ha ascendido á la autocracia bizantina, *el Papa ha bajado á la categoría de los Patriarcas de Constantinopla.* Y cuando vaya á Roma..... cuando vea al *Jefe de la cristiandad convertido en su capellán mayor.....* ¿no pueden pasar por su mente agitada los ensueños de fundar un nuevo imperio de Carlo-Magno?»

Señores Diputados, si en lugar de estar apremiado por las angustias del tiempo en esta rectificación, estuviéramos en una Academia; si yo pudiera desentrañar las páginas de oro esmaltadas de brillantes que encierra este libro, en todos estos discursos del Sr. Castelar, en sus párrafos brillantísimos encontraría testimonios en favor de mis ideas, en favor de la Religión, en favor del

Pontificado, en favor de la libertad de la Iglesia. ¡Qué monumento de elocuencia dejaría levantado en esta tribuna á la Religión, al Pontificado y á la libertad de la Iglesia en Italia, en vez de la recitificación tan triste que estoy haciendo!

En prueba de ello, Sres. Diputados, permitidme que acabe con otro párrafo tan maravilloso, tan sublime como todos los del Sr. Castelar, que me agradecerán que os lo lea todos los oyentes católicos de la nación española.

Escuchad:

«Cuando el ánimo recuerda aquellos sublimes sitios de Roma cuando se pasea el pensamiento por sus cordilleras de ruinas, sobre las cuales parecen tendidas las ideas que se han infiltrado en todos los Códigos y en todas las civilizaciones; cuando se evocan sus calles de rotos, despedazados sepulcros; cuando se ve sobre el panteón de todos los dioses, y sobre el Foro de todos los hombres y sobre el Capitolio que fuera el cerebro del género humano, y sobre el Aventino donde nació el primer pacto de la libertad civil donde brotó la democracia que había de llenar el mundo, alzarse la rotonda de San Pedro, que se pierde en las nubes; las vírgenes de Rafael, que santifican la antigua hermosura griega; las Sibilas de Miguel Angel, que en una trilogía imperecedera reúnen la Biblia, el Evangelio y la poesía clásica: cuando se observa que de unos monumentos se escapan las sombras de los cónsules, de los Tribunos del Senado, mientras que de otros monumentos se escapan las sombras de los mártires, de los Apóstoles, para formar una ciudad sin rival posible en la tierra, sin ejemplo idéntico en la historia, persuádese bien pronto el ánimo de que todo cuanto hay allí de grande, todo cuanto hay de inmortal en sus nubes de cenizas, en las reverberaciones de la oración infinita que vaga por sus cielos en sus recuerdos políticos y en sus recuerdos religiosos. ARROJAN Y EXPULSAN DE CONSUNO AL GALO CISALPINO, QUE HOY SE EXTREMECE DE MIEDO Y DE CODICIA Á SUS PUERTAS ETERNALES.

¿Qué ha de poder uno decir después de páginas tan elocuentes?

Indudablemente, Sres. Diputados, el Sr. Castelar es de aquellos hombres que definía un Obispo, M. Dupanloup, diciendo que valían mucho más que sus principios. Yo estoy seguro que si fuera posible que la poderosa inteligencia y el honradísimo cora-

zón del Sr. Castelar pudiera verse libre de la atmósfera de las preocupaciones de su secta; si fuera posible quitar de su biblioteca los libros escritos por la mano de aquellos herejes forjadores de una historia de la que De Maistre decía que era una conjuración contra la verdad; si fuera posible que su poderoso entendimiento, que su brillante imaginación, que su hermosísima palabra, que su fecundísima memoria, que su ingenio portentoso se embebiesen en las verdaderas fuentes de la Historia, contemplaría las cosas en su ser real, y sería el primero que pondría la maravillosa espada de su elocuencia al servicio de la equidad y de la justicia, y no diría, no, ¡cómo había de decir! las cosas que ha dicho esta tarde. ¿Cómo había de decir, dirigiéndose al Papa despojado, atropellado, cautivo, amenazado, aunque por un conducto tan humilde como el mío, que se preste á medidas de conciliación?

¡Medidas de conciliación! ¡Ah, señores! No, ningún ultramontano fanático; no, ningún reaccionario feroz, sino Mr. Thiers, republicano posibilista más tarde, decía en el seno de una Asamblea del imperio, hablando ya de esta conciliación: «Señores, ¿es esto serio? Se ha despojado á un Soberano legítimo, en medio de la paz, sin derecho ni razón, ni motivo, ni pretexto, sin un atropello, sin una provocación de su parte, de una, de dos, de tres y de cuatro partes de sus Estados; apenas le queda ya la quinta, y le pedís que transija y que se concilie. ¿Con quién? ¿para qué? ¿para quitarle todo lo demás? ¡Vaya una extraña conciliación!»

Pues si esto decía el republicano Mr. Thiers cuando todavía le quedaba al Santo Padre el patrimonio de San Pedro, la ciudad eterna é inmortal, ¡Roma! la destinada eternamente á los Papas, ¿qué diría al verle despojado de todo, absolutamente de todo? ¿Qué respondería á los que, como el Sr. Castelar, le propusieran una conciliación, si viera que despojado de toda la saña de los sectarios no se embota aun, si viera que todavía no contentos con haberlo despojado de sus Estados temporales, quieren arrancar de su frente la Tiara en que está simbolizado su poder espiritual? ¿Qué diría al ver que al Padre Santo encarcelado en el Vaticano se le decía que transigiese y se conciliase? ¿Para qué? ¿Para poder arrojar tranquilamente al Tíber su sagrada persona y el cadáver de su glorioso antecesor? (*Bien.*)

Dispéñseme el Congreso y perdone el Sr. Castelar el calor con que me he expresado; que yo he hablado sin tener en cuenta más que los sentimientos de mi corazón; yo no he tratado de molestarle en lo más mínimo, y si alguna palabra he dicho que haya podido mortificarle, yo la doy por retirada, porque sé que está su señoría por encima de todas las mezquinas pasiones de secta, y por lo tanto, que no puede convertirse en instrumento de ninguna de ellas. Unicamente debo darle un consejo, ó por lo menos pedirle un favor, como S. S. me lo ha pedido á mí. Yo no le pido más que ya que está tan cerca de la realidad y del Gobierno, nos deje á nosotros siquiera incólume nuestro ideal, el ideal cristiano, para nuestro consuelo, y que no profane con acusaciones injustas, ni empañe con descripciones imaginarias, la grandeza de nuestras glorias religiosas, algo más grandes que las de la revolución, algo más heróicas que aquellas otras epopeyas revolucionarias que nos ponía el otro día en verso el Sr. Moret, y que el Sr. García Ruiz nos puso al día siguiente en prosa.

No; nuestros ideales son grandes; respételos el Sr. Castelar, que aquí no se trata hoy de nuestros ideales. Nosotros lo que pedimos hoy es lo que está pidiendo á voces la necesidad, lo absolutamente preciso é indispensable: el poder temporal; lo que piden todos los católicos del mundo, lo que os está pidiendo toda la nación española, aunque muchos de vosotros no lo notéis, por medio de millares de firmas que apenas bastan para llevar el telégrafo y el correo; lo que piden todos los espíritus liberales y generosos de la tierra; lo que piden muchos protestantes de Europa y de la América del Norte; la independenciam espiritual del Soberano Pontífice, que no tiene ni puede tener, por más vueltas que lo deis, otra salvaguardia que el poder temporal, porque el Papa no puede ser independiente si no es Soberano, porque entre ser Soberano ó ser súbdito no hay término medio, y no pudiendo el Papa ser súbdito de nadie sin dejar de ser independiente, tiene que ser necesaria, indispensablemente, Soberano. ¡Ah! ¡Si lo que nosotros os pedimos os lo pide la voz de la humanidad, de la Religión y de la historia, que clamarán incesantemente porque Roma vuelva á ser la ciudad santa de los Papas!

¡Roma, señores, Roma, que os está diciendo por la historia, por la tradición, por la geografía, por la estrategia y por todas

las ciencias auxiliares, que no sirve para capital de ningún reino, que sólo sirve para capital del orbe católico; Roma, que debía ser el templo de nuestro ideal, del ideal cristiano realizado allí, en medio del mundo secularizado por la revolución, como un oasis, como un monumento, como lo que es la capilla en que se guarda el rito mozárabe en medio de la catedral de Toledo; un sitio único donde siquiera podamos contemplar el ideal, el ideal cristiano realizado, ideal para nosotros tan querido, que le sacrificamos gustosos cuanto podemos y valemos; porque al fin y al cabo, si fuera sólo un ideal político ó retórico, yo renegaría ya de él; pero no reniego ni puedo renegar de él, porque es un ideal religioso, porque no sólo representa las aspiraciones religiosas de mi patria, sino que representa las necesidades de mi espíritu, la necesidad de que el Vicario de Cristo, el sucesor de San Pedro y de los Apóstoles goce de real y verdadera independencia, para poner á salvo mi conciencia y los derechos de mi alma de los ataques y de la opresión de los poderes usurpadores!

Y no lo dudéis, señores, querámoslo ó no, Roma volverá á ser de los Papas, porque así lo ha dispuesto Dios al darle tan misteriosos y colosales destinos, y en Roma volverán á reinar los Pontífices, á menos que un cataclismo universal y horrendo, destruyendo todos los altares y los tronos, conculcando todos los principios de religión, de libertad, de derecho y de justicia, destruyendo todos los imperios y naciones, conmoviendo y revolviendo hasta el mismo suelo en que se asientan, convierta esta civilización portentosa, de que tanto nos vanagloriamos, en un vasto montón de ruinas y de escombros, en el cual sólo quede erigida en pie una lápida en que se lea á modo de fúnebre epitafio: *Finis Europæ*.

# LA CARIDAD

EN EL 22 DE JUNIO DE 1866.

Á LA SEÑORITA

DOÑA CARLOTA DE JÁUREGUI.

No ya el diamantino casco  
 Ni la bien templada cota  
 En ardua lid viste España,  
 Sostén y asombro de Europa;  
 Ni refresca los laureles  
 De Otumba y de Cerinola,  
 Ni abre ya lago sangriento  
 En el mar de Cefalonia.

Es hoy puñal fratricida  
 La que fué espada gloriosa,  
 Y el antiguo hidalgo pecho  
 Envidia y venganza enconan.

No el deber, la sed de mando  
 Á los hombres acongoja:  
 Conciencia y honor se venden,  
 Bajeza y traición se compran.

Mientras la virtud honesta  
 Vive desairada y sola,  
 Aquel galardón que es suyo,  
 Judas satánico logra.

Con la verdad traficando,  
 Reniega ya de sus glorias

La patria del gran Felipe,  
 Á grandes lecciones sorda.

Muros, alcázares, templos,  
 Cuanto el ingenio acrisola,  
 Monumentos de diez siglos  
 Despedaza en furia loca.

Tiene al charlatán por sabio,  
 La desvergüenza por norma,  
 La calumnia por oficio,  
 Y la soberbia por honra.

Al veraz, íntegro y puro  
 Menosprecia como á idiota;  
 De ciencia y virtud se ríe,  
 De cielo y juicio se mofa.

Ante el becerro de oro  
 Envilecida se postra,  
 Sin ver que del escarmiento  
 Llega terrible la hora.

¡Ay! ¿No te espanta el lejano  
 Rumor de escíticas hordas,  
 La voz de Atila, y de Muza  
 La cuchilla vengadora?

¡En atizar no te canses  
 La hoguera de la discordia;  
 Puebla de llanto y de luto  
 Desde el palacio á la choza;  
 Muéstrate fuerte en el débil,  
 Y al fuerte rinde lisonjas!  
 Ya no hay ¡oh mengua! españoles.....  
 ¡Pero aun viven españolas!

Rompiendo cauces y diques,  
 Frenética se alborota  
 La mal gobernada plebe,  
 De muerte en rápidas olas.

Estalla el metal, el muro  
 Cede, el techo se desploma;  
 Tristes lamentos resuenan  
 Por las calles pavorosas.

Deja ya el hogar paterno.

Acude ¡oh noble Carlota!

A los míseros heridos,  
Que auxilio y favor imploran.

Ni la deshecha metralla

Ni la bala silbadora

Han de herir tu casto pecho;

Se embotarán en tus ropas.

Plácida mitad del mundo,

Unid los esfuerzos todas

Y á la ceguedad del hombre

Oponed virtud heroica.

Bárbaro y torpe destruya,

Mas edificad vosotras;

Agite incendiaria tea,

Llevad de la fe la antorcha.

En caridad y esperanza

Doctrinad la infancia hermosa,

Y ofrezced á nuevo siglo

Generación salvadora.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

## SONETO.

Ya dora el sol la cumbre y la montaña;  
Ya descende veloz á la llanura;  
Y vistiendo á los campos de verdura,  
En las ondas del mar se quiebra y baña.  
Ya no muere de frío en su cabaña  
El pobre: serpea en la espesura  
Manso arroyuelo que gentil murmura,  
Y un cielo de zafir ostenta España.  
Mas ¡ay! que pronto el astro-Rey declina;  
Y de la noche en la infinita calma  
¡Cuán triste el mar, el río y la colina!  
Así en perpetua agitación el alma,  
Tras de la dicha sin cesar camina:  
Búsquela en Dios, y ceñirá la palma.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

## CRÓNICA POLÍTICA

### DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Porque todo tiene fin en este mundo, también lo ha tenido la discusión del Mensaje. En los países donde los verdaderos hombres de Estado escasean, esa rutina parlamentaria se despacha pronto, y suele tener alguna vez importancia; mas aquí donde el título de hombre político, de estadista, de hombre de Estado es casi cédula de vecindad, las discusiones de esos documentos de cajón, apoyados por lo común en razones de pie de banco, son como certámenes de programas políticos, en que cada cual echa por los trigos de Dios en punto á hacer la felicidad de estos españoles, empeñados, por increíble terquedad, en ser cada día más infelices.

Sea como quiera, en la ocasión de que hablo, la cosecha de flores retóricas ha excedido á todas las esperanzas. Jamás se ha hablado tanto, nunca la lengua castellana se ha visto de tantas maneras mortificada, ni el lirismo político ha llevado más allá el romanticismo declamatorio; se puede decir que el órgano parlamentario ha sonado por todos sus pitos. ¡Gran solemnidad!..... Con ella se ha celebrado, permítaseme decirlo así, el matrimonio civil de la monarquía con la demagogia. La serenata ha sido completa.

Si algo puede sacarse en limpio de ese concurso de oradores es una cosa que ya sabíamos: la gran superioridad de Cánovas sobre todas las eminencias liberales que le disputan el dominio de la palabra, el privilegio de la inteligencia y la posesión de tantos y tan extensos conocimientos como los que dan firme base á su justísima fama. Ciertamente no le ha concedido el cielo tal abundancia de dones intelectuales para que los ponga al servicio de principios políticos que tienen por fundamento la duda, y que ocasionan en el proceder la vacilación y la perplegidad; mas eso no nos impide que los reconozcamos y los admiremos. Puede decirse que Cánovas es superior á sí mismo en cuanto su política es inferior á su entendimiento, condenado á moverse en la angustiosa estrechez de una política de circunstancias. Todavía no ha llegado el tiempo de que se le juzgue con completa imparcialidad, ni esta es la ocasión de hacerlo; mas hay que tener en cuenta que ha intentado un imposible, y no seremos justos si no convenimos en que lo ha intentado de la única manera que podía intentarse.

Entre Cánovas y Sagasta no había lucha posible; los únicos rasgos de elocuencia del actual Presidente del Consejo de Ministros fueron los votos. «¡A votar! ¡A votar!» gritó la mayoría antes de que se hubiese pronunciado la última palabra, y ¡oh admirable encadenamiento de los sucesos! la respuesta al discurso de la Corona acabó por un tumulto.

¿Quién gobierna? Vamos á ver si podemos averiguarlo: ¿El poder real? No; porque cabalmente el poder real es el poder menos efectivo, por cuanto el artificio del sistema se funda en que el Rey reina y no gobierna, de lo cual resulta que ni su palabra ni su firma contienen valor alguno, mientras la palabra ó la firma de un Ministro no les presten la autoridad de que por sí mismas carecen. La palabra y la firma del Rey valen oficialmente menos que la de cualquier funcionario público. No gobierna, porque se le considera incapaz, desde el momento en que se le secuestra toda libertad, declarándolo irresponsable, pues la responsabilidad es la condición absoluta de la libertad. No gobierna, porque á la ficción del poder irresponsable, hay que añadir la coacción permanente de la llamada soberanía nacional, que le impone, quieras que no, hasta los nombres de los que han de obtener lo que se apellida en el lenguaje político confianza de la Corona. No gobierna, en fin, puesto que se le obliga á reconocer la legitimidad y el derecho de principios, aspiraciones y partidos contrarios á la esencia y á la naturaleza del poder que representa. En una palabra: no gobierna, porque es un menor en perpetua tutela, exaltación oficial del título, y anulación completa de la persona.

¿Gobierna el Ministerio? Tampoco; porque su iniciativa desaparece ante la variedad de matices políticos y de ambiciones personales que lo rodean. Los caciques en las provincias, los prohombres en Madrid, las adhesiones de unos y las benevolencias de otros anulan en sus manos el ejercicio del poder. No gobierna, porque se encuentra entre dos Constituciones, como entre la espada y la pared, y entre la monarquía y la república, como un puente entre dos orillas. No gobierna, porque harlo hace con tejer voluntades, limar asperezas, soldar disidencias. Hace lo que Sieyes durante el terror: arrinconarse para vivir; se le consiente que viva mientras no dé señales de vida propia; un paso á la derecha, y desaparece; un paso á la izquierda, y sucumbe. No gobierna, porque vino al mundo en estado de crisis, y no fué desde el principio más que embrión de Gobierno, que necesita renovarse para salir del período rudimentario. No gobierna, porque es una mera interinidad, y las interinidades en política son lo que en música los compases de espera, se mide el tiempo, pero el instrumento no suena. No gobierna, en fin, porque, como el elegante del cuento, se pasea desnudo con la tela debajo del brazo, esperando la última moda.

¿Gobiernan las Cortes? Menos, porque en primer lugar no es ese el encargo que la Constitución les confiere, y en segundo lugar, porque la providencia electoral nos ha proporcionado una mayoría, que no acierta á gobernarse á sí misma.

¿Quién gobierna, pues? Nadie, y á la vez todos gobiernan: los caciques en los pueblos, los comités en las provincias, en Madrid los círculos, los casinos, las tertulias, los banquetes: á los brindis solo les falta la promulgación oficial en la *Gaceta* para ser leyes del reino, puesto que están sancionadas de antemano por el principio de la libertad en todas las opiniones. Gobierna la anarquía, pero justo es confesarlo, la anarquía pacífica, si se puede decir así, tranquila, y aun puede añadirse ordenada: es el orden del desorden.

\* \*

Si el Estado no es la representación verdadera de las creencias, de los sentimientos, de los intereses de la nación, el Estado no tiene legitimidad ninguna. Ahora bien, aquí tenemos un Estado que se llama católico, de una nación que es católica. ¿Cuál es la primera obligación

de este Estado que se llama católico? Someter sus actos, informar sus leyes, inspirarse en el sentimiento de la fe religiosa que la nación profesa. Si la opinión pública es, en efecto, la reguladora de los actos de los gobiernos, ¿qué opinión pública más terminante, más unánime, más claramente manifestada que la del sentimiento católico vivo en el corazón de todos los españoles?

Sin duda; pero hay cuatro incrédulos de profesión, cuatro innovadores de oficio, cuatro inteligencias inquietas que buscan en las vejeces de la impiedad y en las audacias del error, importancia en la ciencia y significación en la política, y ante sus pretensiones hay que sacrificar hasta el último fundamento de la sociedad humana, la santidad de la familia. ¿Qué sentido moral puede tener un Estado que pospone la unión religiosa al amancebamiento de lo que se llama matrimonio civil? ¿Por ventura el poder público no tiene otra cosa que hacer más que dedicarse á tejer voluntades por detrás de la Iglesia? Si se llama católico, ¿por qué no lo es? Y si no lo es, ¿por qué se lo llama? No basta que cada uno de los ministros oiga Misa, cuando la oiga, y todos juntos asistan en corporación á la solemnidad del *Te Deum*, oficialmente mandado, por cualquiera de esos sucesos particulares que el poder suele llamar faustos. Si la Religión Católica es la Religión del Estado, el Gobierno, como Gobierno, en el ejercicio de su potestad, no sólo debe ampararla y protegerla, sino someterse á sus enseñanzas.

Yo no sé que la inscripción en un registro y la presencia de un alcalde, tengan virtud bastante para santificar un mero contrato humano, menos, un mero convenio carnal, del que la decencia pública se ha avergonzado siempre. Hasta ahora las malas costumbres han sido condenadas; hoy se legalizan, se legitiman. Y si por una parte se eleva á derecho, lo que el sentido moral condenará siempre, por otra se sustrae del matrimonio su condición más necesaria, la indisolubilidad; porque es inútil que la ley declare indisoluble lo que no lo es por su naturaleza, y porque además una ley deroga otra. Fuera de la sanción divina, el matrimonio no puede ser indisoluble.

Mas ¿qué le importa eso á la revolución que nos domina? De lo que aquí se trata es de anular la idea de Dios en la conciencia del hombre. Se le ha arrojado de la enseñanza oficial en nombre de los derechos de la ciencia, se le ha arrojado de la plaza pública á título de la libertad del pensamiento, y se le quiere arrojar de la familia, del hogar doméstico, de la vida íntima so pretexto de los derechos del Estado. La turba pide á Barrabás, y Pilatos se lava las manos.

En el orden meramente político, la cuestión del matrimonio civil va á ocasionar el divorcio entre los ministros. La retirada de los ilustres Prelados que han asistido á los debates de la comision del Senado, significa, en resumen, que nada tienen que esperar del cesarismo del Estado en favor de los legítimos derechos de la Iglesia. Por otra parte, al proyecto del juicio oral y público le es adversa la mayoría del Congreso. Tendremos, pues, jurado, esto es, justicia lega, cuando tanta falta hace justicia seca, y tendremos matrimonio civil, esto es, derecho al amancebamiento. Y ¿por qué? ¡Ah!.... por una suprema razón de Estado; porque es preciso que se tire del cordel para todos, y es urgente que vayan entrando en el Gabinete los elementos que hay en la antesala. Así ha de suceder, por más que el Sr. Sagasta se empeñe en conservar por ahora, el equilibrio de un *statu quo* imposible.

Aquí en realidad no hay más Estado que el estado de las cosas.

Si hemos de guiarnos por el testimonio de los hechos, todas las creencias de la mayoría se hallan reducidas á esta fórmula: credenciales. Indudablemente hay diputados que no saben cómo se llaman, si

el Gobierno no tiene la precaución de nombrarlos para algo. Léase el manifiesto de los descontentos, y se verá que es un centro anónimo que busca sus nombres propios en los largos catálogos de las nóminas. Pregunte V. en los centros oficiales, y si no estoy allí, no sé quién soy. Decid, niño, ¿cómo os llamáis?—Pedro, Juan, Francisco, etc.—Decid, diputado de la mayoría, ¿cómo os llamáis?—Ministro, Subsecretario, Director, Presidente, etc.—¿Qué quiere decir cristiano?—Hombre que tiene la fe de Cristo que profesó en el bautismo.—¿Qué quiere decir ministerial?—Hombre que tiene la fe de las credenciales que profesó en las elecciones. Tal es el último catecismo de la doctrina constitucional.

Désele la importancia política que se quiera á esa disidencia en embrión, no se puede desconocer que presenta cierto carácter de cuestión social; es una huelga de parte de la mayoría; son unos cuantos artesanos de la felicidad pública que piden, digámoslo así, aumento de jornal. ¡Qué diferencias tan maliciosas establece algunas veces la ortografía para separar el valor de las palabras. ¿A qué han venido los diputados ministeriales? Según el Sr. Posada Herrera, á votar; pues bien, botan.

Toda la república francesa no ha podido proporcionarle á Gambetta más que un ministerio casero. Hasta ahora la política del nuevo gobierno no ofrece novedad ninguna. Paz exterior y guerra al clero en el interior. O lo que es lo mismo, miedo á los cañones alemanes, y heroísmo contra los Sacerdotes... ¡Ah valientes!

Se comprende perfectamente esa política, porque el día que la república haya secularizado por completo á la Francia, paganizando desde el nacimiento hasta la muerte, podrá decir con orgullo á la faz de las naciones de Europa, que ya no será posible que los ejércitos alemanes puedan volver á romperle el bautismo.

Entretanto negocia Gambetta la unión de los diversos grupos de que se compone la mayoría; pero sus negociaciones no prosperan, por más que de esa unión dependa la permanencia en el poder del derrotado en Belleville. Por ahora pretende teparle la boca al radicalismo, digámoslo en crudo, con carne de cura; pero el postre de ese festín ignominioso, será carne de Gambetta.

\* \*

La enfermedad del Emperador Guillermo ha paralizado por un momento la política interior del imperio alemán. La retirada del Canciller no es probable, porque si en efecto, según todas las señales, la política de Bismarck retrocede ante los peligros con que el socialismo amenaza á Alemania, el triunfo de los católicos y de los conservadores en el Reichstag favorecerá sus propósitos, si van claramente encaminados á la abolición completa de las leyes de Mayo, y á la concordia con la Santa Sede.

\* \*

La cuestión del mundo hoy es la independencia, la libertad del Jefe Supremo de la Iglesia Católica, y por consiguiente, la necesidad y la

justitia del poder temporal del Papa. En el Senado español han sostenido esa justicia y esa necesidad irreplicablemente, con mansedumbre evangélica y elocuencia invencible, los insignes Prelados de Salamanca y Santiago, ante continuas muestras de asentimiento; pero nuestro Gobierno tiene contraídos con la revolución compromisos solemnes, y no hay que esperar que los rompa.

Entretanto sólo el embajador de Alemania falta entre los representantes de las grandes potencias, cerca de la augusta Majestad del Vicario de Jesucristo, y todo hace presumir que está próximo un acuerdo definitivo entre la Santa Sede y el Gobierno alemán. Ya se puede asegurar, y así lo aseguran noticias recientes, que se ha designado al señor Schloezer para representar á Prusia en el Vaticano.

La demagogia italiana no se detendrá mucho tiempo cohibida por la presencia de los enviados de las grandes potencias, y un nuevo atentado sería para el Rey Humberto muy grave conflicto.

Cuando se ven estas cosas, indigna y aflige lo que pasa en España.

JOSÉ SELGAS.

## MISCELÁNEA.

---

### SESIÓN DEL CÍRCULO DE LA UNIÓN CATÓLICA.

---

Importantísima fué la que celebró el viernes último, á las cuatro de la tarde. En ella se escuchó la voz elocuente del Sr. Cura Párroco del Sagrario de Córdoba, quien expresamente comisionado por el insigne Prelado de la diócesis, dió al Círculo la gratísima noticia de que de hoy más, quedaba bajo el amparo y protección de la *Unión Católica*, y unida á esta con lazo indisoluble, la obra predilecta de su amadísimo Sr. Obispo, á saber: la de los Círculos Católicos de Obreros, que él fundó, y que viven hoy vida próspera y feliz, dada la condición de los tiempos que corren. Con verdadero entusiasmo se escuchó al dignísimo Sr. Cura del Sagrario, D. Miguel Riera, el cual lleva el encargo de participar al sapientísimo Prelado de Córdoba, con qué profunda alegría abre sus brazos la *Unión Católica* á los cuatro mil honradísimos obreros y más de mil socios protectores que forman hoy en la bandera que levantó para honra suya y gloria de la Iglesia, á poco de tomar posesión de la silla episcopal de Córdoba, el Excmo. Sr. Fray Ceferino González.

Hubo otro motivo para que los asistentes al *Círculo* salieran de él grandemente complacidos; aludo á la presencia del Emmo. Sr. Cardenal Payá, el defensor ilustre de la infalibilidad pontificia en el último Concilio del Vaticano, que se dignó presidir esta memorable sesión á que nos venimos refiriendo. S. E. pronunció un discurso, con esa sencillez encantadora y con esa elocuencia serena que llega hasta el corazón de quien la oye, y le conmueve y le subyuga y conquista; el cual discurso nos duele sobremanera no insertar aquí por falta de espacio. El ilustre Purpurado puso de relieve el amor que profesa á la *Unión Católica*, y dijo tener esperanza de que ya cesarán las preocupaciones y los temores que algunos abrigan respecto de tan grande obra. El Sr. D. Alejandro Pidal dió á S. E. las gracias en nombre de todos los en el Círculo reunidos, y huelga en absoluto decir cuán elocuente, cuán discreto y notable fué el discurso del diputado católico, á quien

queremos y admiramos cada vez más á medida que arrecia la guerra inicua de que viene siendo objeto. Por este ligero bosquejo comprenderán nuestros lectores cuán grata fué la sesión del día 25, la cual hubo de inaugurar con palabras elocuentísimas acerca de lo que era y lo que significaba la *Unión Católica* nuestro respetado amigo el Conde de Canga-Argüelles.

---

La Juventud Católica de Barcelona, incansable en la defensa de los principios católicos, ha tenido la bondad de enviarnos un hermoso libro, que contiene notables trabajos de los que fueron premiados en el certamen abierto por la misma Academia. Hemos leído gran parte del libro, y quedamos convencidos nuevamente de lo mucho que se puede prometer la Iglesia del celo fervoroso y del ingenio peregrino de nuestros hermanos los católicos de Cataluña.

---

Habíamos saboreado en las páginas de la *Revista Agustiana*, notable publicación que ve la luz en Valladolid, la áurea explicación que del libro del *Ecclesiastès* compuso el P. M. Fr. José de Jesús Muñoz Capilla, religioso Agustino. Hoy tenemos ya sobre la mesa, formando bellissimo libro, la sabrosa producción del insigne P. Muñoz, gracias al celo de los RR. PP. Agustinos establecidos en Valladolid, que han sacado al mercado literario joya de tan subido precio, como es la de que se trata. Damos expresivas gracias á los RR. Padres que nos envían este libro, dulcísimo panal de miel, como le llama el sabio publicista que en él figura á título de editor.

## SAN ISIDORO.

SU IMPORTANCIA EN LA HISTORIA INTELECTUAL DE ESPAÑA.

EXCMO. SEÑOR: (\*)

SEÑORES:

No dudé largo tiempo antes de elegir asunto para las breves frases que voy á dirigiros. Hablando en Sevilla, y ante una Academia que tiene por instituto el cultivo de la ciencia cristiana, ¿cómo elegir otro antes que San Isidoro? Quiera Dios que el recuerdo de la piadosa sabiduría del Metropolitano hispalense esfuerce y dé calor á mis palabras, para que no caigan como en arena, sino que fructifiquen y labren en vuestros ánimos, é infundan en ellos generosos pensamientos de restauración intelectual y española; restauración nunca más necesaria que hoy, cuando una ola de ideas forasteras y descaminadas invade nuestra tierra y amenaza, á cada momento más, borrar hasta los últimos restos de saber castizo y de espíritu tradicional.

Señores: grandes son sin duda las glorias literarias y artísticas de Sevilla: sobre todas alcanzan popularidad no disputada

---

(\*) En presencia del ilustre Sr. Arzobispo de Sevilla y de gran concurso de gentes distinguidas por su saber, leyó ha poco tiempo este bellissimo discurso el Sr. Don Marcelino Menéndez Pelayo. Con gran complacencia damos cabida en la REVISTA DE MADRID á la notabilísima producción de nuestro insigne amigo, para solaz y deleite de nuestros lectores. Quizá sea este discurso, en lo que hace al estilo, de lo más primoroso que ha escrito el joven académico. (N. de la D.)

su escuela pictórica y su escuela lírica, coloristas entrambas, amantes de la pompa y de la esplendidez, é iluminadas y vivificadas por la lumbre de este sol tan generoso como el del Ática.

Pero, si vuestra grandeza artistica recuerda por momentos tradiciones y esplendores de la antigua Hólade y de la Italia del Renacimiento; si es cierto que supisteis poner hasta en la imitación un sello de independencia y de genial desenfado, visible sobre todo en el naturalismo cristiano de vuestros pintores; si entre vosotros tuvo cuna el que acertó á sorprender y fijar en el lienzo hasta los átomos impalpables de la brillante luz del Mediodía, y entre vosotros también aquel gran maestro de realismo sano y potente, el del toque vigoroso y la mano franca, hombre de espíritu tan vario como la misma naturaleza, que con rica y enérgica expresión habla en sus cuadros; si son timbre eterno de vuestra historia literaria la bíblica inspiración de Herrera, bajada en derecha de las cumbres de Sión, la inspiración arqueológica de Rodrigo Caro, el primero que supo traducir en forma lírica la voz honda y melancólica con que la grandeza romana habla desde sus ruinas; si en las silvas de Rioja y en los tercetos de la *Epístola moral* (sea su autor quien fuere) reveló la naturaleza sus más escondidas armonías, y vibraron de nuevo los graves consejos de la antigua severidad estóica, templados por lo dulce y apacible del sentimiento cristiano; si todas éstas y otras innumerables palmas derramaron las Gracias sobre este suelo bendecido con sus dones y acariciado con sus halagos, no habéis de olvidar ni un punto (y yo sé que no lo olvidáis) que tenéis una gloria científica, si no mayor, igual por lo menos: una cadena de oro de pensadores y de filósofos que arranca del gran Doctor hispalense, y se dilata, cristiana y española siempre, hasta el gran metafísico platónico del siglo XVI, Sebastián Fox Morcillo, que tanto adelantó la conciliación de los dos términos eternos é irreductibles del pensamiento humano bajo una unidad superior: y

hasta el modesto y olvidado Pérez y López, que, en frente del enciclopedismo de la centuria pasada, desarrolló, con espíritu armónico no menos profundo y grande originalidad en los pormenores, el principio del orden esencial de la naturaleza, columbrado por el catalán Sabunde en el siglo XV.

Unidad: armonía: orden: tales son las tendencias del espíritu científico entre vosotros, desde las edades más remotas. ¿Qué mucho, si el primer educador de vuestro espíritu, el patriarca de la cultura hispalense, y aun de toda la cultura española, el gran Doctor de las Españas, cuyo nombre festejamos hoy, fué uno de esos espíritus vastos y sintéticos, que llevan de frente todos los conocimientos humanos, y cifran, compendian y resumen en sí todo el esplendor y la civilización de una época? San Isidoro es el siglo VII personificado ¿qué digo? es toda la primera Edad Media española, antes de la influencia de las ideas francesas, determinada y traída por la mudanza de rito y por los monjes galicanos. San Isidoro es, además, faro y luz esplendísimas para todas las generaciones subsiguientes. ¿Quién agotará sus elogios? No se los escatimaron ciertamente los Padres de nuestra Iglesia, comprendiendo bien cuánto le debían. Concilio hubo que le celebró con los magníficos dictados de *Doctor egregio, novísimo esplendor de la Iglesia Católica, doctísimo y digno de veneración en todos los siglos*. Ninguna ciencia humana ni divina se le ocultó (nos dice su discípulo San Braulio); todas las penetró, las recorrió todas, no hubo escritor sagrado ni profano que se escondiesen á su diligencia.

No os repetiré los pormenores, por desgracia escasos, que tenemos de la biografía de nuestro Metropolitano, enlazada además estrechamente con la de los otros hijos de Severiano, y sobre todo, con la de San Leandro, gloria también de esta cátedra metropolitana, principal agente de la conversión de los visigodos, y lumínar mayor del Concilio Toledano III, que recogió de sus la-

bios palabras no menos elocuentes é inflamadas que las de los Basilio y Crisóstomos. No os mostraré á San Isidoro, exaltado después de él á esta misma Sede, presidiendo el Concilio IV Toledano que uniformó la liturgia, y el hispalense II que condenó la herejía de los Acéfalos, sostenida por un Obispo sirio.

Mi propósito no es más que considerar á San Isidoro en sus obras, y como promotor de la general cultura, y aun esto muy por cima, sin entrar en pormenores, y deteniéndome sólo en los rasgos capitales de su fisonomía literaria.

El que entre todos más se señala es su carácter de conservador y restaurador de las reliquias de la antigua civilización greco-romana, ya cristianizada y tal como la habían trasmitido los Padres de la Iglesia Latina. Error gravísimo es el de suponer que entre el mundo antiguo y el nuevo hubo una á modo de zanja ó alguna solución de continuidad, como dicen ahora. Nada se pierde completamente en el mundo, y todos los siglos se sueldan y se continúan en su ciencia y en su espíritu por lazos más ó menos invisibles ó inextricables. Ni la barbarie fué nunca tan completa que dejara perder todos los restos de la antigua herencia, ni faltó, hasta en los siglos más oscuros, turbulentos y caliginosos de la Edad Media, quien conservara no extinta alguna lucecilla más ó menos débil, é infiltrara en el espíritu de las razas bárbaras algo de la Gramática de Prisciano y Donato, de la Dialéctica de Aristóteles, de la Historia natural de Plinio, y, con más cuidado y amor, algo y mucho de la divina ciencia de los Ambrosios, Agustines, Jerónimos y Gregorios.

El hombre de ciencia, en los primeros siglos de la Edad Media, antes del siglo XIII (en que la civilización cristiana llega á su plena madurez, adquiere plena conciencia de sí misma, y asombra al mundo con las ojivas de sus catedrales, con la Suma del Angel de Aquino, con los tercetos dantescos, ó con la ciencia jurídica de Alfonso el Sabio), no podía ser, ni convenía que fuese,

un espíritu original é inventivo, ansioso de nuevas ideas y explorador de nuevos campos, sino un compilador paciente, un enciclopedista laborioso, que, yendo detrás de las pisadas de los antiguos sabios gentiles y cristianos, como la espigadera Rut detrás de los segadores, congregase, reuniese y metodizase en forma de enciclopedia el fruto de la labor de todos; pero reducida á su mínima expresión, á la quinta esencia y al *substratum*, como lo pedían de consuno las necesidades de los tiempos, la escasez de libros, la falta de sosiego, perturbado á cada paso por bárbaras invasiones y violencias, y, sobre todo, la rudeza de los discípulos y oyentes, salidos muchos de ellos de razas semibárbaras ó bárbaras del todo, cristianizadas á medias y no latinizadas más que en la corteza. Ese papel representaron Casiodoro y Boecio en la corte del rey ostrogodo Teodorico, y ese mismo representó con mucha más amplitud y generalidad nuestro San Isidoro en las cortes de Sisebuto y de Suintila.

San Isidoro, heredero del saber y de las tradiciones de la antigua y gloriosísima España romana, algo menoscabadas por injuria de los tiempos, pero no extinguidas del todo; heredero de todos los recuerdos de aquella Iglesia Española, que produjo en Osio al gran catequista de Constantino y valladar insuperable contra los arrianos; en Prudencio al más grande de los poetas cristianos anteriores á Dante, y en Paulo Orosio á uno de los padres de la historia providencialista (juntamente con San Agustín y con Salviano); San Isidoro, digo, artífice incansable en la obra de fusión de godos y españoles, á la vez que atiende con exquisito cuidado á la general educación de unos y otros, así del Clero como del pueblo, fundando escuelas episcopales y monásticas (como las mandó establecer el IV Concilio de Toledo *in uno conclave atrii*), y difundiendo la vida monástica, y dando regla especial y española á sus monjes (sin olvidar por eso la veneranda tradición del patriarca de Subiaco y de su Orden, dechado y

plantel fecundísimo de la vida monacal en Occidente); escribe compendios, breviarios y resúmenes de cuantas materias pueden ejercitar el entendimiento humano, desde las más sublimes hasta las más técnicas y manuales, desde el abstruso océano de la teología hasta los instrumentos de las artes mecánicas y suntuarias, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en la pared. La serie de sus obras, si metódicamente se leen, viene á constituir inmensa enciclopedia, en que está derramado y como transfundido cuanto se sabía y podía saberse en el siglo VII, cuanto había de saberse por tres ó cuatro siglos después, y además otras infinitas cosas, cuya memoria se perdió más adelante. *Sapientia aedificavit sibi domum.*

¿Qué importa que San Isidoro carezca de originalidad y lo deba casi todo á su inmensa lectura? Ni él quiso inventar, ni podía hacerlo. Colocado entre una sociedad agonizante y moribunda, y otra todavía infantil y semisalvaje, pobre de artes y de toda ciencia y afeada además con toda suerte de escorias y herrumbres bárbaras; su grande empresa debía ser transmitir á la segunda de estas sociedades la herencia de la primera. Esto hizo, y por ello merece cuantos elogios caben en lengua humana, más que si hubiera escogitado peregrinos sistemas filosóficos, más que si hubiera asombrado con la audacia y el brío de sus inspiraciones. Recoger, conservar, exponer fué su propósito. De tales hombres bien puede decirse que se igualan en importancia histórica con los primeros civilizadores y legisladores de los pueblos; con aquellos Orfeos y Anfiones que fantaseó la imaginación helénica, y que con el prestigio de su voz y de su canto movían las piedras, fundaban las ciudades, traían á los hombres errantes y feroces á cultura y vida social, domeñaban las bestias de la selva y escribían en tablas las leyes sagradas é imperecederas.

Esta misión providencial de San Isidoro no se ocultó á sus mismos coetáneos. Todos vieron en él algo de predestinación sin-

gularísima. San Braulio dice que en él vivía y respiraba toda la ciencia de la antigüedad, y que los siglos más doctos de ella le hubieran reclamado por suyo, poniendo su nombre al lado del de Varrón, el más docto de los romanos. *Isidorus noster Varro, Isidorus noster Plinius.*

Si queréis saber cómo sin originalidad en las ideas se pueden hacer, no obstante, grandes y extraordinarios servicios á la ciencia, recorred las obras de San Isidoro, Doctor de las Españas. ¿Qué novedad tienen sus libros teológicos? La novedad del método, y con sólo esto crea una ciencia nueva, y se coloca entre los fundadores de la Escolástica. Ved sus tres libros de las *Sentencias, sive de summo bono*. Cuanto allí dice, tomado está de los Padres antiguos, especialmente de San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y de los *Morales* de San Gregorio el Magno. La doctrina está ciertamente en los antiguos Padres, pero sin rigor expositivo y metódico, derramada en libros de controversia contra herejes, en tratados morales, en apologías. ¿Qué le queda á San Isidoro? El método de *sentencias*. Toma de otros las piedras, y él levanta la fábrica. Retazos de aquí y de allí le sirven para tejer un compendio ó suma de Teología, así dogmática como moral, que, comenzando por tratar de Dios y sus atributos, del origen del mundo y del hombre, de Cristo y el Espíritu Santo, de la Iglesia, de entrambos Testamentos, de la resurrección, de la gloria y del infierno, expone luego en los dos últimos libros las virtudes teológicas y morales. Este compendio faltaba en aquel siglo: San Isidoro tuvo la gloria de escribirle y hacer en pequeño la Suma Teológica del siglo VII. Su ejemplo fecundizó en seguida: imitóle San Julián de Toledo; imitóle, sobre todo, Tajón de Zaragoza, y siglos después de Tajón, Pedro Lombardo, llamado por ello el *Maestro de las Sentencias*, título que mejor cuadraría á nuestro Tajón, y mejor que á Tajón, á San Isidoro. Suya fué la forma de sentencias, dado que antes sólo á San Martín Dumiense, Metro-

politano de Braga, se había ocurrido algo semejante, cuando reunió en breve colección ciertos apotegmas morales de los Padres del yermo. Pero el haber sistematizado en un libro la ciencia teológica, aunque imperfecta y brevemente, es gloria de San Isidoro. Él fué, en algún modo, el Santo Tomás de su época.

También la ciencia escrituraria debe no poco á San Isidoro por un trabajo semejante de reducción y compendio, y aunque hayan perecido la mayor parte de sus glosas literales, bastan sus prohemios, sus cuestiones é interpretaciones alegóricas, para conocer que San Isidoro funda en las ciencias bíblicas otro método análogo al de las *Sentencias*, el método de la *Catena Patrum*, á la vez que en los dos libros dirigidos á su hermana Florentina inaugura la controversia antijudáica, prestando armas y ejemplo al tolédano autor del tratado de *comprobatione sextae aetatis*, y á toda la gloriosa legión de controversistas, que desde San Julián hasta Raimundo Marti, y desde Raimundo Marti hasta el Burgenese y Fray Alonso de Espina, mantienen viva la llama de la erudición semítica entre los cristianos españoles.

Pero todos los trabajos de San Isidoro se oscurecen y semejan nada, cuando se piensa en la labor gigantesca, en el ciclópeo monumento de sus *Orígenes ó Etimologías*, verdadera enciclopedia de la edad visigótica, compilación extraordinaria, que mal entendida en otros tiempos y apreciada sólo por su utilidad filológica, comienza hoy á ser puesta en su verdadera luz, como documento histórico y como tesoro de peregrinas enseñanzas, merced al cual poseemos y disfrutamos innumerables fragmentos de clásicos antiguos, cuyas obras se perdieron, noticias de costumbres, fiestas y espectáculos populares, extractos metódicos de gramáticos, retóricos y naturalistas..... en suma, no un libro, sino una verdadera biblioteca. *Quaerebam librum, et inveni bibliothecam*. Guardémonos, con todo eso, de ponderar demasiado el provecho de las *Etimologías*, como fuente histórica para la época visigoda. Algo

y aun mucho de útil bajo ese respecto puede encontrarse incidentalmente en ellas, pero no era ese el propósito de San Isidoro, ni la sociedad que describe es la de su tiempo, sino la de los tiempos imperiales, ni las palabras que quiere explicar son las del latín rústico, sino las del latín clásico, ni muchas veces es él quien habla, sino Varrón ó Festo ó Aulo Gelio por boca de él, aunque no deje de apuntar de vez en cuando, por fortuna nuestra, que tal ó cual creencia ó práctica supersticiosa, tal ó cual labor rústica, tal ó cual palabra extraña, tal ó cual ceremonia ó cantarillo de que los antiguos dan razón, se conocían y conservaban también en España. Son de oro estas indicaciones rapidísimas; pero al explotar las *Etimologías*, explótense con cuidado, y no caigamos en la tentación de aplicar á la corte toledana de Gundemaro lo que los autores extractados por San Isidoro contaron de la pompa y opulencia de la Roma de los Césares.

Pero, si de esta consideración pasamos á otras más íntimas y esenciales, ¿cómo negar que en la parte etimológica propiamente dicha, así los libros de los *Orígenes*, como los de *differentiis rerum et verborum* y los varios glosarios que llevan el nombre de San Isidoro, dispuestos por orden alfabético (y que si es dudoso que le pertenezcan, se formaron á lo menos con despojos de su doctrina), precedieron y sirvieron de norma á todos los glosarios de la Edad Media, á Papias, á Hugón, á Juan de Janua, al autor del *Comprehensorium*; y que hoy es el día en que, después de tantos y tan sabios trabajos como han renovado la historia de la baja latinidad, desde el estupendo *Lexicon* de Ducange y sus continuadores benedictinos hasta la generosa y fecundísima escuela de Federico Diez y sus discípulos, todavía pueden ser consultados con provecho y servir de apoyo firmísimo en más de un caso á todo investigador que ponga el pie en el terreno de los orígenes de las lenguas romances, antes tan movedizo, y ahora,

gracias á la filología comparada, tan firme y seguro como el de las ciencias naturales?

Y al lado de tanto como la filología neo-latina debe al Metropolitano hispalense ¿no sería pueril y pedantesco encarnizarnos con sus faltas de crítica, inevitables cuando no se conocían más lenguas que las dos clásicas, y se ignoraban sus mutuos nexos y relaciones, y las leyes de la derivación y las de la estructura fonética; tiempos en que á la palabra *diabolus* se le daba, verbi gratia, la etimología de *duobus bolis*, y á Séneca la de *se necans*? Algunas etimologías de esta laya hay entre las muchas de San Isidoro, pero la ridiculez no ha de caer sobre él, mero compilador en esta parte, sino sobre esos famosos gramáticos y eruditos antiguos que él compendiaba: Varrón, Verrio Flacco, Servio, Nonio, Festo, los nombres más famosos de la filología antigua.

Pero las *Etimologías* son mucho más que esto, y no en vano exclamó San Braulio apostrofando, lleno de entusiasmo, á su maestro: «Tú diste luz á los anales de la patria, tú á la cronología, tú á los oficios eclesiásticos y á las costumbres públicas y domésticas, tú á la situación de las regiones y ciudades: tú, finalmente, á todas las cosas divinas y humanas».

Y en efecto, las *Etimologías* son milagros de erudición para aquella edad, y ni Casiodoro, ni el venerable Beda, ni Alcuino, ni Rabano Mauro las igualan. Porque allí disertó el Obispo sevillano de la disciplina y del arte, de las siete enseñanzas liberales, de la gramática y de la métrica, de la fábula y de la historia, de la retórica y de la dialéctica, de las ciencias matemáticas y de la música, de la medicina y de las leyes, de las bibliotecas y su régimen, de la disciplina eclesiástica, de la teología, de la Escritura y de las reglas monacales, de las sectas heréticas y de las supersticiones gentílicas, de las lenguas y de los alfabetos, del mundo y de sus partes, de los átomos y elementos, de los fenómenos meteorológicos, de las piedras y de los metales, del arte

militar y de las máquinas de guerra, y finalmente de la arquitectura, de la construcción naval, de las artes suntuarias, de los instrumentos domésticos y rústicos y hasta de los vestidos y manjares: en suma, desde el cedro hasta el hisopo. Todo ello no á la verdad con el mejor orden (defecto no remediado tampoco en la *recensión* de San Braulio), pero sí con increíble copia de doctrina y extraordinaria sobriedad de exposición, por donde vienen á ser los *Orígenes* verdadero mapa del mundo intelectual en la reducida escala que el mapa exige, y con las sumarias indicaciones que las cartas geográficas toleran. Así y todo, ¿qué sería de la erudición moderna, si tal libro hubiera perecido? Con ser lo más pobre de todo él la parte de Filosofía, todavía estimó el protestante Brucker por tan benemérito de su historia á San Isidoro, como á Diógenes Laercio, Stobeo y Suidas, que tantos fragmentos nos conservaron de la filosofía griega. Y eso que San Isidoro, en lo relativo á Aristóteles, no llevaba sus conocimientos más allá de los primeros tratados del *Organon*, tales como Boecio los había interpretado. En cambio, de filosofía natural y ciencias físicas alcanzó cuanto supieron los latinos, de lo cual es brillante muestra el *De natura rerum ad Sisebutum regem*.

En historia sigue San Isidoro las huellas de Idacio, y sobre todo del Biclarense, y cultiva la árida forma del *Cronicón*, única historia que consentían aquellos tiempos de abreviaciones y de epitomes; y la cultiva con igual sequedad que sus modelos, pero con la misma incorrupta veracidad y austero espíritu moral que ellos, pobre de galas, pero tan rica de viril independencia, que hoy mismo nos pasma en boca de un Santo de la Iglesia Católica el relato de las turbulencias de San Hermenegildo. Otras veces continúa los antiguos catálogos de escritores eclesiásticos, que formaron San Jerónimo y Gennadio, y los enriquece con breves pero inestimables semblanzas de Santos y Doctores de la Iglesia española.

Fué además San Isidoro poeta, ó á lo menos, versificador, y dejó muestras de su entrañable amor á los libros en los disticos que sirvieron de rótulos á su biblioteca. Fué poeta en prosa la única vez que quiso serlo, cuando imitando el famoso libro de la *Consolación* del senador Boecio, escribió en forma semidramática, no exenta de pasión y de brío, aunque empedrada de sinónimos, la extraña alegoría que se conoce con los nombres de *solliloquia*, *synonyma* y *lamentum animae peccatricis*, obra que cuentan algunos entre las primeras muestras del teatro cristiano, aunque de fijo no se hizo para representarse ni tiene acción alguna.

¿Quién apurará todos los méritos científicos de San Isidoro? Aunque dejemos aparte sus tratados de menos cuenta, y con más razón los dudosos y apócrifos, ¿cómo echar en olvido la parte que la tradición le atribuye en el oficio gótico ó muzárabe, en nuestra primitiva colección canónica, en la antigua Biblia española, y hasta en las leyes de Fuero Juzgo? Difícil es, quizá imposible, poner en claro la gloria que realmente le cabe en estos monumentos inmortales, pero el mismo hecho de esa tradición no interrumpida, ¿no basta á evidenciar por sí solo que en cabeza de San Isidoro puso la antigua España todas sus glorias, haciendo de él una especie de mito científico, expresión y símbolo de toda la vida intelectual de una raza, á la manera que la poesía crea sus mitos épicos, signo de inmortalidad y prenda de alianza y cohesión para la raza que los adopta, y que con su recuerdo se enorgullece?

Por siglos y siglos fué San Isidoro el grito de guerra de la ciencia española: nuestra particular liturgia más que gótica, más que muzárabe se llama *isidoriana*, aunque sus orígenes se remontan hasta los varones apostólicos. *Isidoriana* se llamó la letra de nuestros códices, hasta que los cluniacenses introdujeron la francesa. Con retazos del manto regio de San Isidoro se vistieron y arrearon todos los próceres de nuestra Iglesia. Los libros isidoria-

nos fueron enseñanza asidua en los atrios episcopales y en los monasterios. San Braulio ordenó las Etimologías, Tajón imitó las *sentencias*, San Eugenio los versos, San Ildelfonso el torrente y la copia de sinónimos, San Valerio las visiones alegóricas, San Julián todo. Á San Isidoro invocaron los sínodos toledanos. Por la fe y por la ciencia de San Isidoro, *beatus et lumen, noster Isidorus*, como decía Alvaro Cordobés, escribieron y murieron heroicamente los muzárabes andaluces. Arroyuelos derivados de aquella inexhausta fuente son la escuela del Abad *Spera-in-Deo* y el Apologético del Abad Sansón. Á San Isidoro falsifica en apoyo de su herética tésis el Arzobispo Elipando y, con armas de la panoplia de San Isidoro esgrimidas con dureza de brazo cántabro, trituran y deshacen sus errores nuestros grandes controversistas Heterio y San Beato de Liébana. Los historiadores de la reconquista calcan servilmente las formas del crhonicón isidoriano. Y finalmente, aquella ciencia española, luz eminente de un siglo bárbaro, esparce sus rayos desde la cumbre del alto Pirineo sobre otro pueblo más inculto todavía; y la semilla isidoriana cultivada por Alcuino es árbol frondosísimo en la corte de Carlo Magno, y provoca allí una especie de renacimiento literario, cuya gloria se ha querido atribuir exclusiva é injustamente á los monjes de las escuelas irlandesas. Y, sin embargo, españoles son la mitad de los que le promueven, Félix de Urgel, el adopcionista, Claudio de Turín, el iconoclasta, y más que todos, y no manchados como los dos primeros con la sombra del error y de la herejía, el insigne poeta Teodulfo, autor del himno de las Palmas, *Gloria, laus et honos*, y el Obispo de Troyes, Prudencio Galindo, adversario valiente del panteísmo de Escoto Erigena. ¿Qué mucho, si extranjeros eran Rabano Mauro y Alcuino, que á cada paso extractan y saquean á San Isidoro, y extranjeros los compiladores del Decreto de Graciano, donde su autoridad se invoca continuamente á par de la de San Agustín y San Jerónimo; y extranjeros los glosadores,

que se reparten como preciado botín el abundantísimo *gazophilacio* de las Etimologías?

Tanto puede y tan hondo surco abre el trabajo del hombre cuando auras del cielo le alientan, y cuando la santidad de las acciones realza la sabiduría de los discursos. En toda esa obra isidoriana tan varia, tan magnífica, tan espléndida no hay un sólo germen perdido, y parece que fructifican más en España, cuanto más se van espesando las caliginosidades de la barbarie sobre el resto de Europa. Aun era el libro de las *Etimologías* texto casi único de nuestras escuelas, allá por los ásperos días del siglo X, cuando florecían en Cataluña matemáticos como Lupito, Bonfilio y Joseph, y cuando venía á adquirir Gerberto (luego Silvestre II) en las aulas de Atón, Obispo de Vich, y no en ninguna *madrisa* sarracena, aquella extraordinaria ciencia que le elevó á la tiara, y le dió misteriosa reputación de nigromante. ¡Tanto asombraban algunas leves centellas no más *del ardente spiro d'Isidoro*, que decía Dante!

¡Quiera Dios que ese *ardente spiro* continúe informando y vivificando nuestra cultura, y que aprendamos de San Isidoro á dirigir, como á último término, toda nuestra labor científica á la mayor gloria y exaltación del nombre de Cristo, á instaurarlo todo en ese nombre, á hermanar en estrecho y fecundísimo abrazo la ciencia sagrada y la profana, á no llamar ciencia á lo que no es más que deslumbramiento y trampantojo, y á no temer tampoco con pueril y apocado recelo ninguna verdad científica, ni estudio alguno que lo sea de veras, porque ¿cómo una verdad ha de ser contraria á otra verdad, ni una luz á otra luz? ¿Cómo ha de merecer nombre de ciencia la que se insurrecciona y levanta contra Dios, piélagos inexhaustos de luces, y océano inagotable de verdades?

HE DICHO.

## LOS PARÁSITOS.

## ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

---

(Continuacion.)

## CAPITULO XX.

## EL SUEÑO DE DON PELEGRIN.

---

No exageraba la Señora Prisca al decir que su amo estaba malo. De la gravedad de su dolencia era funesto augurio el permiso, no sin pena, arrancado por su hijo, por su ama y administradora, y hasta por su mismo sobrino, de llamar al médico.

Don Pelegrin, que siempre designaba al custodio y guarda de su admirable naturaleza con el nombre genérico de *el facultativo*, solo recordaba tres circunstancias de su vida, en que se hubiera visto precisado á solicitar sus auxilios. El descendiente de los Burguillos, que de todo se acordaba, tenia de estas tres ocasiones recuerdos indelebles, pues en cada una de ellas su robusta complexion habia experimentado una de esas crisis que solo vencen con la ayuda de Dios, más que con la ayuda del médico, las naturalezas privilegiadas.

Para el resto de las dolencias que afligen por igual á sanos y enfermizos, D. Pelegrin acudia con heróica y resuelta independencia al rico arsenal de remedios y procedimientos caseros que su tradicion familiar le ofrecia con prodigalidad generosa.

Él y la Prisca podian sentar plaza de ministrantes, y aun graduarse de cirujía mayor, á poco que la parte técnica de la fa-

cultad ayudara á su parte práctica, y muchos duradoneses acudían á ellos mejor que á los hombres de la ciencia en busca del secreto para preparar unos pediluvios, confeccionar emplastos maderativos, endulzar una horchata, mezclar los preparados emolientes de una cataplasma, ó juntar y medir en sabia proporcion los sencillos elementos de una tisana laxante.

Pero ¡ah! que no era la presente ocasion como otras, en que la fácil é inofensiva farmacoepa familiar lo remediaba todo, como *mano de santo*, para emplear una expresion consagrada ya por el uso en aquella casa.

Don Pelegrin se habia acostado ¡caso grave! y, caso más grave aun, llevaba cuatro dias sin tomar chocolate; y cuando se verificaba en sus metódicas costumbres la conjuncion de estas dos circunstancias, verdaderamente extraordinarias, bien podia asegurarse que el médico no era llamado en balde.

Pero por muy hábil que aquel hubiera sido, y no dudamos un momento de la habilidad profesional del médico de D. Pelegrin, se habria visto muy apurado para clasificar científicamente y diagnosticar con probabilidades de acierto la enfermedad del viejo comerciante.

—Estoy malo, estoy malo—decia muy sereno, y con el acento reflexivo que le era propio—pero estoy malo de diferente manera que otras veces. No, y no es la cabeza lo que me duele como el año 18 cuando era muchacho, ni el vientre como cuando el cólera del 35, en que se llevó Dios á la santa de tu madre, y por poco me voy yo á hacerla compañía, Indalecio, dejándote á ti en mitad de la calle, porque tambien murió tu nodriza, y entonces no teníamos tampoco criada; no, no, no es eso, ni tampoco siento fatiga ni opresion al pecho como cuando..... si me apuras te diré que no me duele nada, y, sin embargo, yo estoy malo.

—¡Bah! no haga V. caso, padre—le replicaba Indalecio, que, como todos los hijos para quienes su padre es el resumen y compendio de su vida y la ley superior de su existencia, no admitia ni aun en hipótesis la probabilidad de perderlo—todo ello será nada.

—Bien puede ser, pero mucho me temo, Indalecio, que de esta hecha te dejo solo.

—¡Padre!—exclamó Indalecio, dándole un brinco el corazon que le hizo dar á todo su cuerpo un brinco no menos violento—

padre, no diga V. esas cosas ni en broma, porque no está uno así..... como quien dice dispuesto.....—y aquí terminó su discurso Indalecio, tragándose de una vez siete ú ocho palabras, que de salir de su boca, hubieran ido acompañadas de un espantoso sollozo.

—No son bromas, hijo, y cuando te digo yo que no estoy bueno, no por eso quiero decirte que me voy á morir; pero, en fin, ello es que de viejos no hemos de pasar, y yo soy ya muy viejo.

—¡Cualquier cosa! ¡viejo V.!—respondió Indalecio, serenado ya por la necesidad de la discusion—que se pongan, que se pongan los jóvenes á andar con V. y á merendar con V., ¡eh! y á sacar cuentas con V., digo, á ver si hay quien se atreva á sacarle á V. ventaja en una multiplicacion de quebrados, ó en la reduccion de reales á maravedises; que vengan, que vengan á ver lo que hacen sin la tabla, y V. nada más de memoria.

—Sí, sí, no lo he hecho mal en mi tiempo, á Dios gracias—se vió obligado á responder D. Pelegrin, sonriendo tristemente con inocente orgullo—no lo he hecho mal; y te confieso que á nadie he tenido nunca envidia para la aritmética, el Tratado de cambios y resolver algun que otro problema del Perfecto negociante, pero aquello pasó.

—¡Qué ha de pasar!..... vaya, no se empeñe V. en darme matraca y mal rato..... vaya, ¿qué siente V.? ¿qué tiene V.? ¡caramba! que V. que nunca se queja, cuando da en quejarse, el diablo que le aguante; ¿quiere V. que llame á Juan Antonio?

—No, guárdate bien de ello, ¿qué tiene que hacer aquí tu primo, ni qué se le importa de que yo esté ó no esté bueno?—exclamo con singular amargura D. Pelegrin, con acento que no daba lugar á la réplica.

—¡Válgame Dios!—le respondió su hijo con voz afligida—¡y decir que cuatro chismosos que hay en este pueblo le han puesto á V. así! Porque á mí, V. no me la pega—añadió mudando de tono—yo bien sé que lo que V. tiene no es nada más que cavilaciones y quebraderos de cabeza con este maldecido asunto de los votos: y ¡eso de que crea V. más á la gente de afuera que á la de casa; á mi, por ejemplo, que soy ya un hombre, y que conozco á fondo á mi primo, y sé que él es incapaz de hacer eso que dicen que ha hecho!..... ¡no, señor, no los crea V. que esos no son mal

quereres que le tienen algunas malas lenguas, que debieran estar.... como, por ejemplo, los Palominos.

—¡Los Palominos! Los Palominos—dijo D. Pelegrin con irónico acento—esos no hablarán ahora más de él, porque....

—Porque esos hablan siempre mal del que les hace sombra.

—Pues por eso: porque precisamente Juan Antonio, lejos de hacerles sombra, parece que se ha unido con ellos.

—¡Unido, unido! ¿V. lo ha visto, ni lo ha visto nadie más que esa vinagre de la Prisca, que es capaz de volverle los sesos en caldo al más pintado?

—Bien, bien, Indalecio, no disputemos, puede que tengas razón, y Dios quiera que la tengas; pero á mí ¡qué quieres! su conducta, su modo, su proceder, que no es franco ni claro, me ha.... sí, ¿por qué no confesarlo? me ha herido, me ha herido profundamente.

—¡Por vida!....

—No jures, y acércate á mi lado; así, hijo mio, así.

—¡Dale, dale! Habremos todos de confesar que está V. malo, no hay remedio; ¡cuidado, que ni que lo hiciera V. á propósito!—exclamó Indalecio, recurriendo por primera vez al supremo recurso de sonarse estrepitosamente las narices con su inmenso y no muy limpio pañuelo de cuadros azules y blancos.

—Bueno, hijo, pues será lo que quieras; ya te he dicho que no quiero disputas.

.....

.....

Ni aun esta dulzura y los insólitos enternecimientos de su padre, tan naturales en cualquiera, menos en un carácter que, por naturaleza ó por educación, rara vez se entregaba á semejantes expansiones, lograron alarmar á Indalecio, que, lo repetimos, tenía en la salud de su padre la misma ciega fe que en su iniciativa, en su desparpajo y expedición comercial, y en una multitud de condiciones con que su tiernísimo cariño filial se complacía en adornarle.

Era esto la víspera de aquella madrugada en que la Prisca tropezó á la puerta de su propia casa con el forastero conspirador, y aquella noche rendido por el sueño se durmió Indalecio, quedándose á su cuidado el ama de gobierno.

No era posible imaginar guarda más inteligente que la suya. Perteneía á esa escuela antigua de vigilantes que nuestra imaginacion evoca ya tan solo en los recuerdos de la niñez, época remota y legendaria en que hay que colocar ese tipo de criados y criadas antiguos, que se identificaban con la casa en próspera y adversa fortuna; que si hablaban hablaban como los amos; que amaban y detestaban lo que ellos; que defendian el hogar como cosa suya, y que unas veces en la cocina administrando parca y severamente la despensa; otras veces en el estrado escatimando á los contertulios el más inocente refresco; al anochecer economizando las luces y dirigiendo casi á oscuras el rosario, ó á la cabecera de un niño ó de un anciano enfermo, parecian siempre columna y apoyo del sólido edificio familiar de aquella edad casi mitológica.

El velar de la Prisca no era ese perezoso marasmo que hoy affige á los que cumplen por compromiso ó por obligacion ese deber penoso; era su vigilia, por lo recogida y serena, una oracion, por lo vigilante y celosa un aliento que á veces animaba y confortaba al mismo enfermo.

La Prisca contaba sus horas y minutos de sueño, los latidos de su pecho, las fases de la calentura; á su lado la ropa de la cama no se movia sin que el momentáneo desorden quedase reparado enseguida, ni el brazo tenia que extenderse para buscar la taza ó el vaso, ni el sudor se enfriaba, ni el enfermo se agitaba inútilmente esperando el interrumpido turno de las medicinas.

Quedóse aquella noche la Prisca como tantas otras, á velar al enfermo pero presa como nunca de extraños y pavorosos presentimientos.

Ardia tenuemente en un rincon de la ancha alcoba la luz indecisa de una lamparilla, que reflejando solamente sobre el limpio suelo un punto luminoso dejaba en negras sombras envuelta la mayor parte de la habitacion; pero fija tenazmente la mirada en el enfermo, imaginábase la antigua servidora que las sombras, lejos de estar quietas, se reunian y amontonaban como nubes de Otoño, y caminando lenta y confusamente por el cuarto, iban poco á poco juntándose sobre el lecho de su amo, sin que por eso fueran menos oscuras y densas en los confusos términos de la estancia.

Y veía, veía claramente, que lejos de rechazarlas D. Pelegrin, se enlazaba y confundía con ellas como un leño aún verde en una chimenea recién encendida se envuelve y confunde entre las espirales de humo que arroja la menuda leña con que se prende, y fraccionándose y dividiéndose las sombras, unas se acostaban á su lado á lo largo de la cama, otras rodeaban su cabeza, estas le cubrían los pies, y aun algunas que tropezaban con las manos, que agitaba el insomnio ó la pesadilla enroscadas con ellas, sin desvanecerse á la presión de aquellos dedos descarnados, se introducían hasta dentro de las mismas sábanas.

La señora Prisca hubiera gritado, si el gritar le hubiera sido posible, estando á la cabecera de un enfermo; pero lo que ella no hizo lo hizo el enfermo, que incorporándose en la cama con esfuerzo supremo, lanzó un quejido profundísimo, y se despertó en el mismo momento.

—¡Basta, basta, Dios mío, exclamó, qué sueño tan horrible!

—Era sueño, ¿no es verdad? preguntó la Prisca á pesar suyo, satisfecha de encontrar tan á punto la solución del enigma.

—Sí, pero un sueño extraño más que otra cosa, un sueño como no he tenido en mi vida.

—¿Verdad que sí? volvió á preguntarle su ama de gobierno.

SANTIAGO DE LINIERS.

(*Se continuará.*)

## REIVINDICACIÓN NECESARIA.

---

(Conclusión.)

### II.

Al recordar en el párrafo precedente la ruina del mundo antiguo con la caída del imperio romano y de su vasta dominación, se observaba también surgir, como al impulso de una voz divina, semejante á la que en el comienzo de los tiempos hizo brotar las fuentes de las aguas, los manantiales copiosos de la predicación evangélica que iban á fertilizar el mundo. Gracias á la acción de la Iglesia, el Tiber, á cuyas márgenes habían de llegar todos los pueblos para rendir vasallaje al nuevo poder que sobre las ruinas de la vieja Roma se levanta, se convierte en el nuevo Jordán en cuyas aguas reciben el bautismo de cristiana ciudadanía los incircuncisos invasores, para disfrutar en lo sucesivo, como clientela sin fin, al amparo de un solo patrono, los derechos de tributar adoración á unos mismos dioses lares; con la condición de engendrar no, como los antiguos proletarios, una raza de oprimidos, sino una multitud de pueblos libres y civilizados.

Pero antes de que el estruendo de los pueblos invasores anuncie que ha llegado la Edad Media con su bárbara grandeza y con su esplendorosa fe, despidámonos de Roma. Y así como los hombres generosos, al recordar á los muertos, buscan sus virtudes más insignes para dejar su memoria grabada en los epitafios, busquemos en las últimas etapas de aquel pueblo corrompido y de aquel venal senado un destello de justicia que selle decorosamente su sepulcro.

Un día Teodosio, que por cierto era español, comprendiendo que el culto debe ser uno, como uno es el Dios á quien se rinde y una la religión que le inspira, cita á público juicio al cristianismo y al gentilismo que se disputan el imperio del mundo de las ideas; y aquel senado que tantas veces había decidido de los destinos del universo, va á dictar su último fallo. Simaco y San Ambrósio, en nombre de sus respectivas creencias, representan las dos madres que ante el trono de Salomón se disputaban la propiedad de un hijo personificado en la humanidad, de cuyo dominio quieren apoderarse á un mismo tiempo por una parte la verdad sin transacciones ni reservas, por otra el error, es decir, la falsa madre, transigiendo con tal de conseguir en la distribución una parte aunque pequeña. Ambas defensas se escuchan, se examinan los diversos alegatos, y Roma condena á Júpiter cuyos rayos excitaban los sarcasmos populares, pudiendo, al fin, aquel pueblo morir ya con dignidad, pues su última sentencia ha sido justa.

Desde entonces, por una admirable metamórfosis, Roma, si muere como gentil, renace como cristiana á una vida más preciosa; y si antes fué el centro de donde marchaban las legiones poderosas para subyugar al mundo, ahora será el centro desde donde vayan ejércitos de misioneros á llevar la fe á regiones desconocidas; y si desde allí se enviaron procónsules y pretores que con su rapacidad esquilmasen las provincias, esclavas como sus hijos, ahora se preconizarán en ella á esclarecidos prelados modelos de mansedumbre y de bondad que, ostentando sobre sus hombros el blanco palio tejido por vírgenes inocentes con lana de immaculados corderillos, cumplan por el mundo todo la misión del Buen Pastor que lleva en sus hombros la oveja perdida, para que sirva de reclamo á las otras extraviadas del redil.

Y en efecto, los gérmenes de la sociedad cristiana substituyeron ventajosamente á los despojos de la sociedad gentil; y la Iglesia, convirtiendo las espadas de los bárbaros en principio civilizador, consiguió la regeneración de Europa.

## III.

Grave sobre todo encarecimiento aparece la situación del mundo en los momentos en que el Pontificado acababa de adquirir, como garantía de su autoridad divina, una porción de territorio donde ejercitar libremente su acción salvadora y providencial. Todos los pueblos se encontraban conmovidos, inficionados unos por las más torpes herejías, heridos otros por el rayo de la guerra que les fulminaban á la par sus enemigos y sus hijos, y víctima España y amenazada Italia por un pueblo que, ciego como la fatalidad que le arrastra y envilecido como la sensualidad que le abate, llevaba el exterminio por guía, y aspiraba á convertir el mundo en una familia de esclavos y en un despótico imperio de servidumbre y de abyección.

Para evitar en tan críticas circunstancias todo germen de división entre los reyes cristianos, se esfuerzan los Romanos Pontífices en fortalecerles su autoridad; y tan pronto como Esteban IV ocupó la silla Pontificia, obliga al pueblo romano á que jure fidelidad á Luis el Benigno, en calidad de patricio romano y defensor de la Iglesia, constituyéndose de este modo la soberanía pontificia en apoyo firmísimo de la autoridad de los monarcas para bien de la cristiandad gravemente amenazada; y siendo esa misma autoridad el más inespugnable baluarte que entonces podía oponerse á la invasión sarracena cada vez más amenazadora.

Mientras el emperador de Occidente agota sus esfuerzos sin conseguir, á pesar de su título pomposo, poner término á las luchas intestinas de sus hijos, desgarrando el purpúreo manto que solamente pudo vestir con dignidad el vencedor de los Lombardos, y mientras los orientales se van degradando hasta el punto de que un emperador tartamudo tenga expedita su lengua solamente para congratularse con uno de sus ministros de la pérdida de la hermosa isla de Sicilia porque, como decía muy bien, se encontraba «á muy larga distancia» para su corta dignidad, Gregorio IV, enfermo, viejo y de tímido carácter, sabe cumplir con los deberes de rey emprendiendo la fortificación de las costas de

Italia para precaver á Roma de la invasión sarracena, para proteger dentro de ella á los trabajadores y para asegurarles la guarda de los ganados, única riqueza de los pobres; y San León IV pone término á estas precauciones, terminando las magníficas fortificaciones del puerto de Ostia que de un montón de ruinas se convierte en inexpugnable fortaleza, destinando á estas obras las riquezas de la Iglesia; del mismo modo que el patriarca de Constantinopla San Ignacio, en ocasión parecida, había entregado los tesoros sagrados á Heraclio para librarle de la ignominia de huir ante los extranjeros que por todas partes cercaban á Constantinopla.

Este fué siempre el destino de esas riquezas de la Iglesia contra las que tanto se declama. Ellas sirvieron siempre, mientras tanto que estuvieron en poder de sus legítimos dueños, de limosna al desvalido, de medicina al enfermo, de manjar al pobre mendigo, de premio al sabio y de estímulo al artista.

Poco después, no fueron ya los sarracenos los únicos enemigos que era preciso vencer. La protección que los señores dispensaban al Pontificado iba á convertirse muy pronto en funesto protectorado, y era necesaria gran energía contra las primeras intrusiones; porque las invasiones de los poderes de la tierra en el santuario son siempre el prólogo de la esclavitud de los pueblos y del despotismo de los reyes.

Reclamó sus derechos al Romano Pontífice, que lo era á la sazón San Nicolás el Grande, sin que le intimidasen las amenazas de Lotario ni las invasiones de los ejércitos de Luis, que con tan suaves medios querían obligarle á invalidar un matrimonio legítimo y á que no proclamase con toda solemnidad la indisolubilidad del Sacramento que sirve de base y fundamento indestructible á la sociedad cristiana.

Al mismo tiempo que cumplían los Pontífices con sus deberes de Príncipes y con las muchas atenciones que sobre ellos pesaban como supremos Sacerdotes, mantenían en todo su auge, á fuer de legisladores, el rigor de la disciplina eclesiástica, reprimían los cismas y herejías, y dando ejemplo de un celo tan ardiente como el de los antiguos Profetas, conseguían la conversión y la cultura de los pueblos, mediante la predicación y la enseñanza.

Así es, que cuando los Estados septentrionales comenzaron á

constituirse de una manera laboriosa, y los Anglos y los Sajones se disputaban los reinos de la Heptarquía en Inglaterra, San Gregorio el Grande dulcificó sus costumbres, enviándoles al monje Agustino, que recibido en el reino de Kent con sus cuarenta compañeros, presentan el más bello espectáculo de fiesta popular cristiana que registra la historia en sus anales, según la expresión de Bossuet.

Y para no ser interminable, es necesario casi hacer parar la memoria cuando nos recuerda á los romanos Pontífices dominando las turbulencias feudales, oponiéndose al despotismo de los emperadores, como lo hicieron San Gregorio VII y Alejandro III contra Enrique IV y Federico Barbarroja, alentando el vuelo de las inteligencias, y protegiendo sobre todo el desarrollo científico que inspiró los grandes monumentos filosóficos, jurídicos y literarios de la Edad Media; misión importantísima y gloriosa que ha conseguido cumplir la Iglesia á maravilla, y cuyo examen es digno del más detenido estudio.

#### IV.

No importa que un príncipe tan rudo como Carlo Magno, que, á pesar de los esfuerzos de Alcuino, apenas llega á conocer bien las letras del alfabeto, y menos todavía á escribirlas, sea el primer legislador del nuevo imperio destinado á ser el árbol de que se formen las nacionalidades actuales; él, como por instinto, buscará en la organización admirable de la Iglesia un modelo perfecto que imitar; y la cultura romana, conservada y purificada á la sombra del Pontificado, le inspirará las Capitulares, para que á la inestabilidad de las costumbres suceda la permanencia de la ley; y la sabiduría de San León encontrará eco bien pronto al otro lado de los Alpes, donde monjes sapientísimos arrojarán la semilla de una ciencia portentosa, que no tardará en dar sus frutos en el centro de Europa; así como había tenido ya gloriosísimo precedente entre los godos, gracias á la docta pluma del insigne San Isidoro y de los esclarecidos padres de la Iglesia de Toledo, á cuyos inmortales concilios acudían los magnates para aprender á gobernar, *ut discant, y para edificarse con la piedad de los Padres.*

El Canónigo y el monje, desde el coro de la iglesia, donde han cumplido ya con el primero de sus deberes, que es el de dar gloria á Dios, marchan presurosos á la cátedra, donde una juventud ansiosa de sabiduría les espera impaciente para escuchar con avidez la explicación de los altísimos misterios de la Teología, las abstracciones de la más razonada Metafísica y las reglas más exactas de la literatura y del arte expuestas con sencillez y elegancia por el Sacerdote recientemente inspirado al turnar con las sublimes salmodias del Rey Profeta las profundísimas lecciones del Oficio Divino que acaba de recitar, y en cuya contemplación se hallaba absorto cuando al sorprenderle la aurora en el rezo de Maitines creyó que, efectivamente, el sol que con sus primeros rayos doraba la bóveda del santuario, y la gota de rocío que, como una lágrima derramada por los muertos, se posa en la yerbecilla de los sepulcros del atrio, y las flores que renuevan su color y refrescan sus aromas en el altar de la Virgen, y el sonido de la campana que, doblando por tres veces, es el eco de las tres plegarias con que los hombres renuevan la salutación del Angel..... eran otras tantas criaturas que obedecían á su voz cuando las intimaba, al entonar el *Laudate*, á que diesen gloria á Dios; así como también algunos momentos después le había obedecido el mismo *Jesucristo*, descendiendo hasta sus manos en el Santo Sacrificio, y dejándose repartir entre los fieles que, apiñados al rededor del altar santo, esperaban ansiosos el momento de estrecharse con su Dios para disfrutar ya de antemano las delicias de la gloria.

No era, pues, extraño que con preparación tan adecuada diesen tanto fruto en los corazones juveniles aquellas doctas enseñanzas, y que la afición á la ciencia, el amor al estudio y el celo de la propaganda doctrinal floreciese en tantos sapientísimos monasterios, y se trasmitiese desde allí á las universidades y colegios fundados ó alentados por los romanos Pontífices, extendiéndose por todo el mundo civilizado la noble pasión del saber y de la erudición que, gracias á la Iglesia, se había desarrollado en Italia, aun antes de que el Renacimiento viniera á separarle de su verdadera dirección con el sensualismo voluptuoso de la forma á la que sacrificó su potente virilidad.

Al llegar la Edad moderna y aparecer en sus albores el siglo XVI, verdadero mosaico de acontecimientos alternativamente grandes y mezquinos, que parecen como el índice de la historia por su múltiple variedad, cuando un nuevo mundo envía á la Iglesia las primicias de su fe, mientras la ingrata Europa, rebelde contra su bienhechora, renueva el *non serviam* de Luzbel contra el Altísimo, cuando, por debilidad ó por malicia, delinquen todos los soberanos y los príncipes de Alemania por apoderarse de los bienes del Clero, venden al Catolicismo, sacrificando la paz de sus súbditos, que, lógicos en la imitación de su ejemplo, destruyen y abrasan los castillos de los señores; mientras tanto que Carlos V, á pesar de su grandeza, tiene que retirarse al monasterio de Yuste á llorar con una vida penitente las debilidades del *Interin* y la cobarde transigencia del tratado de *Passau*, y en tanto que Francia se deshace en partidos que son otras tantas plagas con que la Providencia castiga las deslealtades de Francisco I, las alianzas heréticas de su hijo y la doble apostasia de Enrique IV en el edicto de Nantes, modelo original de las tolerancias religiosas consignadas en el derecho moderno, así como la paz de Westfalia fué más tarde la primera forma hipócrita de las transacciones doctrinarias, la Iglesia, punto común de convergencia al que se dirigen todos los tiros de tantos perseguidores, es la única institución que permanece tranquila y que se sostiene pujante; y en medio del principio de división que separa las inteligencias y los corazones, los romanos Pontífices robustecen la unidad de la fe católica; Julio II y León X convierten á Roma en la primera ciudad del mundo, protegiendo á los artistas que convierten la basílica de San Pedro en la antesala del Paraíso; Julio III convoca el santo Concilio de Trento, demostrando á los herejes que la doctrina católica nada teme de la discusión, y confirma los estatutos de la Compañía de Jesús, que lleva á la Iglesia miés mucho más abundante y copiosa que la cizaña estéril que el protestantismo había arrancado de su seno; Pio IV consigue ver terminado en sus días aquel Concilio que prueba á la vez,

de una manera ostensible, la perseverancia de la Iglesia y la impotencia de sus enemigos, y Pío V le propaga incansable, consiguiendo que se cumplan en sus días tres empresas colosales: la publicación del catecismo que lleva su nombre, la reforma de las costumbres, sirviendo para ello de ejemplo su severa penitencia, y por último, aliándose con el gran monarca español, abatir en su pujanza el poder de la Media Luna, por la intercesión del Santo Rosario de María, en la batalla de Lepanto.

Tocamos ya casi los confines de los días presentes, y en ellos los acontecimientos abrumarían nuestra flaca inteligencia si los quisiera examinar.

Observamos, empero, que cuantos más bienes siembra la Iglesia, más ingraticudes recoge. Un Pontífice de memoria queridísima, cuyo aliento acaba de extinguirse, se empeña en salvar á Europa; en su amante corazón olvida todas las injurias, perdona todos los agravios, ensaya todos los sistemas en cuanto no son esencialmente erróneos, y el premio que recibe es verse despojado en vida, no solamente de su soberanía, sino también de su libertad, y ver desde el cielo profanado y ofendido su cadáver por los que hipócritamente le ofrecieron garantías de independencia, que ni saben, ni pueden, ni quieren cumplir.

Y Roma, que nos pertenece, que es legítima propiedad de los católicos, que es la patria, por decirlo así, de nuestra alma mientras vive en este destierro, como lo será el cielo, después que por el ejercicio de nuestra fe lleguemos á la inmortalidad, nos ha sido arrebatada con injusticia y con violencia.

Y ¿quién va á sustituirnos hoy en Roma? ¿Qué poder va allí á reemplazar el poder del Catolicismo? ¿Es acaso un monarca poderoso que lleva uncidas á su carro las coronas de cien reyes y los trofeos de cien naciones? ¿Es un conquistador invencible que ha hecho temblar la tierra al paso de sus ejércitos, y que ha edificado ciudades flotantes en el mar con el número de sus buques?

No, es un Gobierno á la moderna usanza, arrastrado por el carro de la revolución, y cubierto todavía con el polvo de la derrota.

¿Y es eso lo que va á permanecer en Roma?.... No. Eso no sucederá, aunque nos crucemos de brazos.

Á Roma puede ir todo lo grande, aun cuando sean grandezas

criminales, porque allí, ó se purifican, ó se rinden; pero en Roma no puede subsistir nada miserable ni pequeño.

Por eso á Roma gentil pudieron ir los Galos é incendiarla, porque fueron los primeros bárbaros que llegaron á comprender la grandeza del exterminio. Anibal pudo llegar hasta sus puertas cuando llevaba en su corazón una sed de gran venganza, pero no pudo atravesar sus muros después que en Capua se corrompió con los placeres. A Roma pudo ir César, atravesando en son de guerra el Rubicón, porque era muy grande la ambición que le dominaba, pero de ella tuvo que salir Pompeyo cuando los hijos de los patricios volvían la espalda al enemigo para no desfigurar sus rostros con cicatrices si por acaso eran heridos.

En Roma pudo estar Nerón, embreando los cuerpos de los cristianos para que iluminasen una orgía, porque mientras que en él representaba la embriaguez del crimen, era en los mártires la expresión del heroísmo más sublime. A Roma pudieron ir los bárbaros y sembrar su pavimento de ruinas, para que aquellas ruinas colosales excitasen la admiración de las edades futuras. A Roma pudieron ir los musulmanes para que las ficciones del Korán perdieran sus misterios ante la sencillez del Evangelio. A Roma pudieron ir ¿por qué negarlo? los ejércitos de Carlos V., no al mando de un español, sino á las órdenes de un Condestable extranjero y traidor al mismo tiempo, para que el emperador de dos mundos tuviera por primera vez que llorar y arrepentirse de haber conseguido una victoria. A Roma llegó Napoleón I para que las dinastías egipcias, invocadas por él al pie de las pirámides, le vieran rodar desde la roca Tarpeya á otra roca más escarpada todavía, en tanto que Pío VII subía en triunfo desde el destierro al Capitolio. A Roma tal vez Dios permita, en sus inexcrutables designios, que vaya la Internacional para que en un nuevo incendio de templos y de palacios quede ileso el Vaticano con su eterna juventud y con su *non prævalebunt* en la cúpula, demostrando el poder de la Iglesia á esta sociedad descreída que se abrasa en el fuego de los siete pecados capitales, del mismo modo que publicaban el poder de Dios á los idólatras los jóvenes de Babilonia en el horno siete veces encendido; pero en Roma no podrá permanecer de un modo estable un gobierno que ni puede llamarse propiamente usurpador, pues se encuentra como

vacilante y sin saber qué resolución ha de tomar, como pudiera hacerlo un muchacho asustadizo al rededor de un cuarto oscuro que le da miedo de noche.

Terminamos nuestro modestísimo trabajo, indigno del excelso é importante objeto que le inspira, recordando el elocuentísimo dilema del insigne purpurado de Compostela: el gobierno que impera en Italia, ¿es civilizado ó es salvaje? si es salvaje que no se le tolere en medio de la culta Europa; si es civilizado exíjasele que cumpla con sus deberes, y el primero es evacuar los Estados Pontificios.

MARIANO BARSÌ CONTARDI.

## Á UN ARROYO.

---

COMPOSICIÓN DEDICADA AL NIÑO J. M. D. Y A.

Arroyuelo, que pasando  
Vas tan cerca de las flores  
Con susurro alegre y blando,  
Cual si les fueses contando  
Alguna historia de amores.

Cuando crezcas, y potente  
Creciendo vayas á más,  
Ten, arroyo, muy presente  
Que no puede tu corriente  
Volver, aunque quiera, atrás.

Que enturbia un sólo momento  
Toda una clara existencia,  
Y hace mejor experiencia  
La previsorá advertencia  
Que el pesaroso escarmiento.

Busca al cruzar por el mundo  
Algún caudaloso río,  
De cuyo cauce profundo  
Se reparta al valle umbrío  
Riego abundoso, y fecundo.

Y si te pone el destino  
Áspera valla delante,  
Ceda á tu esfuerzo arrogante,  
Aunque el abrirte camino  
Te cueste lucha incesante.

Porque el agua sacudida,  
 Al ímpetu, con que choca,  
 Se alza luciente y erguida,  
 Cuando rebasa la roca  
 En su pujante embestida.

Mas si cobarde ó cansada  
 Se rinde, letal veneno,  
 En vez de savia preciada,  
 Dará á su masa estancada  
 La podredumbre del cieno.

Si con loco desvarío  
 Por desgracia en tu carrera,  
 Despeñado el albedrío,  
 Convirtiese en saña fiera  
 Lo que fué valiente brío,

¿Qué te valdrá locamente  
 Cubrir campos mal seguros,  
 Y con ímpetu rugiente  
 Arrastrar en tu corriente  
 Árboles, puentes y muros

Si tú mismo en algún modo  
 Al fin cauce te has de hacer?  
 Mas ya en él no entrarás todo,  
 Que una parte de tu ser  
 Quedará hecha inmundo lodo.

Moverla querrás en vano,  
 Que entre barrancos y ruinas  
 Habrá hecho el furor insano  
 De las aguas cristalinas  
 Amarillento pantano.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

## TRADUCCIÓN DE LA ODA DE HORACIO

SEPTIME, GADES ADITURE MECUM, ETC.

---

Septimio, á Gades que conmigo irías,  
 Y á la Cantabria á nuestro yugo indócil,  
 Y á do de Sirte siempre furiosas  
 Hierven las ondas.

Ojalá Tibur del Argivo amada  
 Sea seguro en la vejez asilo,  
 Donde de guerra laso y de viajes  
 Halle sosiego.

Y si las Parcas á mis ruegos duras,  
 De allí me apartan, al Galeso altivo  
 Por su ganado iré y al que Falanto  
 Reino fundara.

Aquel espacio de la tierra amado  
 Me es sobre todos, cuya miel no cede  
 Á la de Himetto, ni á la de Venafro  
 Cede la oliva.

Allí ni frío ni calor sobrado  
 Envía Jove, y del Aulon las cepas  
 No rinden parias á las de Falerno  
 Viñas famosas.

Aquellos sitios y viciosos montes  
 Á entrambos llaman, donde con amargo  
 Llanto, Septimio, riegues las cenizas  
 Del caro amigo.

M.

## LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

---

Sin duda por aquello de que la fortuna es amiga de los mozos, va para dos años que topé yo, al tomar en la estación de Biarritz el tren que había de conducirme á San Sebastián, con un compañero de viaje que, muellemente reclinado en su asiento, bien á las claras mostraba no haber visto la luz primera bajo el azul turquí de nuestro cielo. Era, con efecto, un distinguido literato austriaco, Napoleón M. Kheil, con quien entonces anudé un lazo de firme y buena amistad, que el tiempo ha ido después acrecentando con crecimiento que jamás ha de entibiarse. Hombre de fácil, persuasiva y elegante palabra, hablaba magistralmente sobre todo lo que fué objeto de nuestra conversación. La circunstancia de sacar yo del bolsillo y comenzar á leer, apenas la locomotora rompió su marcha, los *Cuentos y Fábulas* del inolvidable Hartzenbusch, sirvióle de pretexto para decirme tan pronto como vió el libro que yo tenía en las manos:—¡Qué precioso y qué original el *Cuento* que figura en esa colección con el título de *La hermosura por castigo!*—Cierto, le respondí, compite, y por lo que hace á los primores de estilo, supera á los más renombrados de Hoffman y de Andersen.....—Esto bastó para que el entonces incógnito, y ya para mí interesante personaje, se echara á discurrir acerca de este género literario que tan deleitosos frutos ha producido en extrañas tierras, y para que yo le escuchase embebecido y con no disimulado entusiasmo. Porque con tal fervor me habló de España; tan á fondo conocía á nuestros clásicos; con tal arte disponía las cosas para dar su juicio, así de los grandes poetas y prosadores del siglo de oro, como acerca del Código inmortal de las Partidas, donde la lengua castellana—decía—tiene algo de la majestad imperatoria de su madre, la latina; tan lejos estaba de considerar á esta patria amadí-

sima como la Beocia de Europa; era tal su hidrónica sed de penetrar en los más recónditos camarines de nuestro rico idioma, que al pensar en la lengua de Cervantes, de los Luises, de Mariana y de Sigüenza, como que se encendía y transfiguraba, viniendo de aquí, como por la mano, á encarecer con encarecimiento indecible la tarea principalísima á que se consagra la *Real Academia Española*, es á saber: la de velar por la pureza del habla de Castilla.—¡Qué contraste, decía yo para mis adentros;—he aquí un extranjero que debiera haber nacido en España, ya que tantos que tuvieron tamaña dicha, les parece todo lo de casa feo y abominable, y excelente en cambio, y por todo extremo sabroso cuanto viene de allende el Pirineo.....

..... Como, según dejo apuntado, las últimas palabras del que ya presentía yo iba á ser mi amigo, fueron enderezadas á cantar las glorias de la Academia Española, hubo de preguntarme:—¿Quiénes de entre los académicos de número honran más y mejor al Instituto del Marqués de Villena?—*En mi vida me he visto en tal aprieto*, pudiera decir á V. con el poeta—contestéle;—pero bien pensado, añadí, salgo del paso, y airosamente, con decir á V. que todos ellos son dignos de ocupar los asientos que honraron los Silvas, los Mussos Valientes, los Scuarzafigos y tantos varones ilustres, luz y gloria de mi patria; y que como estos, los que hoy viven, *limpian, fijan y dan esplendor* al idioma castellano. No se satisfizo mi interlocutor con esta vaga contestación, y mal de mi grado, á la manera que tímido discípulo discurre y habla en presencia de su maestro, no tuve más remedio que citar algunos nombres ilustres, de esos que desmienten con abrumadora elocuencia la errada opinión vulgar de que en achaques de literatura estamos en grandísima decadencia.—Allí (en la Academia)—le dije—están para honra suya y regocijo de las letras, y no se duermen sobre pasados triunfos, varones tan conspicuos como Fernández-Guerra (D. Aureliano), en todo linaje de conocimientos profundísimo, y maestro insuperable del bien decir; Ayala, que en *Rioja*, en *El Tejado de vidrio*, y en *El Tanto por ciento* ha mostrado que viven todavía entre nosotros el estro y la inspiración elocuentes; Campoamor, uno de nuestros más grandes líricos; Valera, de bizarrísimo ingenio y de amplia y sólida y selecta erudición; Selgas, que por lo profundo y agudo empareja á

veces con Quevedo, y no pocas le vence; Alarcón, cuya rica vena deslizase á menudo sobre el papel para solaz y recreo de las gentes de buen gusto; el Marqués de Molíns, de alto, merecido y dilatado renombre; Cánovas, Galindo de Vera, Cueto y tantos otros.....—¿Y de Nicolás Estébanez, qué me dice V.?—preguntóme con viveza el austriaco.—Pues..... de Nicolás Estébanez le diré que..... según cuentan las crónicas, asombra á sus compañeros de Academia con los trabajos que hace en la confección del Diccionario; pero no usa ¡ay! la pluma con que escribió *Lo positivo*, y *Los hombres de bien*..... El insigne autor de *Un drama nuevo* debe por lo visto haber hecho voto de no escribir un nuevo drama.....

— ¡Qué desdicha! ¿Y cómo explicáis eso?.....—Doctores tiene la Academia—le dije—que os sabrían responder. (Porque yo supongo que algún compañero de Tamayo sabrá á qué obedece aquella su lamentable resolución.) Los profanos—continuaba yo—sólo vemos el hecho, y de veras nos duele y contrista.....

— ¡San Sebastián!..... ¡Veinte minutos de parada!—Llegamos á la capital de Guipúzcoa; juntos fuimos á la fonda, y hasta que vino la noche, y con ella el por mí no deseado momento de regresar á Biarritz, juntos departimos amigable y dulcemente acerca de las letras y literatos españoles. Su eterna pesadilla era Tamayo.—¡Oh! en mi país—decía el austriaco—no se permiten estos retraimientos los hombres que valen lo que vuestro gran dramático.....— Y divertida la mente á muy atinadas reflexiones, exclamaba:—No se le concedería derecho á ningún compatriota mío para guardar allá dentro de su ser las felicísimas obras con que podría enriquecer la patria literatura.....—Pues ahí verá V.—repliquéle yo;—tampoco nosotros se lo concedemos á nuestro autor, pero es el caso, mi buen amigo, que él se lo toma.....

—¿Y prosa no escribe?.....—Como no la escriba para su uso particular.....

Acabamos, por fin, con Tamayo, no sin que antes me rogase el austriaco que le enviara á Praga, su habitual residencia, cuanto escribiese el celebrado autor de *Virginia*. Religiosamente he cumplido aquel encargo, y heme aquí disponiendo lleno de alegría un obsequio para Mr. Kheil, que ha de agradecerme con toda su alma. Envíole, para decirlo de una vez, una nueva

producción de D. Manuel Tamayo y Baus. No se trata de que nuestro héroe haya reverdecido antiguos lauros del teatro, ni siquiera de ninguna obra didáctica que alumbre el entendimiento y mueva los afectos del alma; y con todo, siendo como es modestísimo é ingrato el terreno en que acaba de medir sus fuerzas el Secretario de la Española, quedará como dechado y eterno modelo de buen gusto el *Resumen de las Actas* de la misma Real Academia, que leyó en Junta verificada el día 4 del corriente mes. ¡Qué hermosa manera de escribir! ¡Qué soberanamente luce sus primores la lengua castellana en el último escrito de Tamayo! ¡Ábrase por la primera página, y no hay soltarle de la mano. ¡Qué discreta apacibilidad, qué grave manera de decir y qué rica y no igualada elegancia! Quien el tal *Resumen* ha escrito es maestro, y dueño y señor de las preseas de nuestro idioma. Los párrafos que consagra á recordar los merecimientos de Escosura, Oliván, Ayala y Hartzenbusch, muertos desde la última Junta pública que celebró la Academia, tienen no algo, sino mucho de la elocuencia de Juan de Ávila, y no poco de la solemnidad imponente con que esmaltó sus obras el P. Sigüenza. Huelga la última producción literaria de Tamayo, para quien caiga bajo la jurisdicción de los fustigados por Iriarte, cuando en una de sus fábulas escribió:

Español que tal vez recelaría

Quinientos versos de Boileau ó del Tasso

Puede ser que no sepa todavía

En qué lengua los hizo Garcilaso;

pero será tenido como joya de subidísimo precio para cuantos rindan culto allá dentro de su alma, á los encantos y hechizos de la belleza literaria. Hacer notar que las ideas y pensamientos sembrados en el *Resumen*, corren parejas por lo discretas y atinadas con la galanura de la forma, equivaldría á intentar la demostración de lo que por evidente no necesita demostrarse. Ni decayó tampoco el Sr. Tamayo cuando empeñado en la tarea de poner de manifiesto los desvelos de la Academia, arremetía brioso y tildaba de *capricho hijo de la ignorancia* y de *falta de españolismo* esa funesta manía, hoy en boga, de usar voces impuras en

vez de otras castizas de igual significación. Hace bien en tronar el Sr. Tamayo contra los que tan despiadadamente tratan al patrio idioma; mas tengo para mí que su celo y su perseverancia, así como la de sus compañeros, ha de estrellarse en esta como fiebre que nos devora, y que nos lleva á imitar en todo á nuestros vecinos los franceses. De fijo que se holgaría el Sr. Tamayo, si á la manera de los Romanos, pusieran aquí los padres grande empeño en que las ayas de sus hijos supiesen hablar correctamente el castellano; pues vive Dios, que lo que hoy día de la fecha acontece, es que se despepitan por encontrar una, que haya nacido en Francia cuando no en Inglaterra. Cuanto á la dorada juventud, y en general á todo aprendiz de literato, vésele á menudo estudiar, por ejemplo, á Calderón, en alguna obra que basada en la de nuestro gran dramático escribiera Corneille..... ¿Pues y la tiranía del uso?.... No hay que hacerse ilusiones. Estará todo lo mal dicho que quiera el señor Tamayo *portier*; pero ¿quién es el guapo que se atreve á decir hoy por hoy *antepuerta*? No cabe dudarlo. Estamos invadidos y como envueltos por el espíritu francés. Ya no se hace nada entre nosotros á la antigua usanza española. El niño que aun no ha llegado á la edad de la pubertad, habla con cierta corrección la lengua francesa

Pero después, á viciar  
La suya, nadie le gana

que dijo el poeta.

¿Qué más? El mismo Sr. Tamayo, que en tan hermoso castellano habla y escribe, es muy posible que por hacer algo anti-español..... *coma á la francesa*. De donde yo deduzco, que seguiremos sin enmienda en mucho tiempo zahiriendo al habla castellana, al nombrar á este ó esotro individuo, miembro del *comité*; tomando la *revancha* cuando la suerte nos depare bonita ocasión de hacerlo; diciendo que la Sra. Doña X está en *estado interesante*, como si hubiese algún estado en que no interesaran las mujeres y más las que tengan mérito notable ó suerte infeliz..... según graciosamente advierte un juicioso escritor; diremos que es ya hora de *abandonar* la esperanza de ver en España grandes ¿qué digo grandes? ni siquiera medianos caracteres; escribiremos á vuela

pluma artículos de *actualidad*: nos retiraremos á dormir á las *altas* horas de la noche; asistiremos los jueves á la *recepción* de casa del Duque de N.; nos parecerá excelente tal proyecto considerado *bajo cierto punto de vista*; pero el mismo proyecto merecerá nuestra absoluta reprobación si *bajo otro cierto punto de vista* le examinamos; asistiremos al *debut* de la Patti, y presenciaremos una de las más grandes *ovaciones* que se hayan tributado al *genio*; lamentaremos la triste condición de los tiempos que *atravesamos* y á estas y otras análogas herejías gramaticales y lindezas habremos forzosamente de entregarnos, aunque clamemos justicia al cielo los manes de Cervantes y de Santa Teresa y digan lo que quieran nuestros tenaces é impenitentes puristas. Lo cual no empuja á que yo encarezca y aplauda la perseverancia de los pocos, que doliéndose al ver cuán desmedrada y enteca se ostenta hoy el habla castellana, se afanan porque reciba su primitivo esplendor la que un día mereció ser llamada lengua de Angeles. Empeño nobilísimo el de la Academia Española, limpiando de lunares é imperfecciones nuestro rico idioma. Cuando se desborda el río y asuela la campiña llevando por doquiera la desolación y el espanto, no hay reposo ni tranquilidad hasta que vuelve á correr por su legítimo cauce; vuelva la lengua de Castilla merced al esfuerzo de sus entusiastas amadores á lucir vistosísima en los carriles donde corría llena de garbo y gentileza allá por los siglos XVI y XVII, y cesen para siempre de fustigarla los que con tal desenfado la manejan á la hora actual. En el entretanto, admiremos á los que, salvándose del general naufragio, saben como Tamayo dignificarla y ennoblecerla; y pongamos sobre nuestra cabeza escritos tan primorosos como el último que leyó el autor de *Un drama nuevo* en la junta verificada por la Academia Española el día 4 de los corrientes.

Dicha junta se dedicó á conmemorar la memoria de un insigne poeta venezolano, Andrés Bello. Desempeñó á maravilla esta tarea, desmintiendo el dicho de que *nunca segundas partes fueron buenas*, otro académico de felicísimo y encumbrado ingenio, crítico al modo de Macaulay y de Villemain, egregio poeta y amator finísimo de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. Ya acude á los labios del lector el nombre de D. Manuel Cañete. Fué, con efecto, este nuestro ilustre amigo quien de mano maestra quilató las

altas prendas que adornaban al inspirado cantor de *La Agricultura de la zona tórrida*, y él fué quien acertó á mostrar cuán vigorosa es la energía de su clarísimo entendimiento, y cuán brillante la magia de su estilo. Vaya su precioso discurso, juntamente con el trabajo de Tamayo, á deleitar el espíritu de mi dulce amigo el de Praga; y séame permitido, para remate de estas líneas, al pensar cuán corto es el número de los que por tan elegante manera escriben, decir con el poeta:

Ojalá como son cinco

Fueran cinco veces cuatro.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.